Crónicas pandémicas

TALLER DE ESCRITURA Y ARGUMENTACIÓN
Escuela IDAES | UNSAM

Comisión 5 (Turno Noche) | Docente: Bárbara Mastronardi

Escuela IDAES
UNSAM

Con el espíritu de agudizar el sentido de escucha y observación, aprovechando los estados de sensibilidad y emoción que la “nueva normalidad” despierta, lxs docentes del Taller de Escritura y Argumentación, materia de primer año de las Licenciaturas en Antropología Social y Cultural y Sociología de Escuela IDAES | UNSAM, convocaron a sus estudiantes a escribir crónicas pandémicas. El resultado de esta experiencia de encuentro y reflexión colectiva a partir de la escritura y reescritura, es la publicación de estos textos en una serie de cuadernillos, compilado y editado por lxs docentes de distintas comisiones, que se irán entregando periódicamente. Aquí se presenta el primer número de Crónicas pandémicas coordinado por Bárbara Mastronardi.

CRÓNICAS PANDÉMICAS

Bárbara Mastronardi (Ed.)
Dolores López
Yamila Mallo
Marta Mansilla
Natalia Mariani
Tatiana Martinchuk
Agostina Mas
Lucas Melillo
Damian Menges
Gisela Morinigo
Guillermina Olijavetsky
Federico Paruolo
Yamila Parzajuk
Emilce Paz

© 2021, de cada autor por su texto.

Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales - Escuela IDAES | UNSAM

ÍNDICE

Prólogo
Borges y Cortázar, la cultura del escabio
Darlo Trolo: Resistir en tiempos pandémicos
No es que no te vea
Cuando el mundo se bugueó
Buenos Aires Vacunate
Las cenizas de la mente
Les Escondides
Resignificando el lugar que habitamos
¿Cuál es mi lugar?
Bueno, loco, basta. Poné el temporizador.
Intensamente
Emoción-arte
Alto Vicio

Prólogo

Crónicas pandémicas nos relata cómo es convivir con el COVID-19 cuando el aislamiento y el distanciamiento físico dejaron de ser una novedad y los anhelos de inmunización empezaron a hacerse realidad. A diferencia de los inicios del 2020, la pandemia ya atravesó nuestros cuerpos y, también, nuestras miradas sobre lo social. ¿Cómo continuar narrando esa experiencia? ¿Cómo construir lugares de enunciación que nos permitan tender puentes con estos otros mundos donde nos inmergimos? ¿A partir de qué imágenes y escenas mostrarle a un lector imaginado un nuevo ángulo sobre lo que elegimos observar, sobre lo que nos interpela?

Estas trece pequeñas historias, que podrían contener a tantas otras, constituyen fragmentos de vidas que refractan dimensiones vitales de la experiencia social: cómo la pandemia profundizó viejas desigualdades e impulsó nuevas existencias precarias; de qué manera el contexto modificó ciertas dinámicas institucionales y transformó los modos en que habitamos el espacio público y privado; qué estrategias de resignificación y reapropiación de ciertas prácticas dieron lugar a nuevas formas de socialización y resistencias.

En estas dimensiones podemos enmarcar cada una de las crónicas que componen este cuadernillo. Así, por ejemplo, podemos ver a Maxi y Juani montando su delivery de alcohol en un dos ambientes de Palermo porque sus trabajos de entresemana no les alcanzan para llegar a fin de mes. O a Ale, llegando al café al ritmo de un funk brasileño que desborda sus auriculares y acompaña esa pedaleada diaria contra la burocratización de las prepagas y la precarización laboral. También, podemos deambular por los bordes del parque Saavedra hasta llegar a la feria independiente que vuelve a alojar a Leandro, quien nos hace recorrer la historia de ese espacio, su vínculo con las asambleas de 2001, su conversión en uno de los primeros clubes del trueque en el 2004, y su devenir en una fila de puestos que de manera poco improvisada obtuvo su permiso de instalación en el 2009.

Otra opción es subirnos a la combi estacionada en la plaza de Caseros y rumbear hacia Puerta 8, donde un grupo de compañeras de Barrios de Pie se acercaron con sus crayones, globos, cartulinas y compromiso a jugar y aprender junto a les niñes que lo habitan. Si algo nos podemos preguntar entre estas líneas es cuántas experiencias de niñez caben en una pandemia. Así, si nos trasladamos a Caballito, seguramente, nos crucemos con uno de nuestros Santinos, parado afuera del VEA con su barbijo de Dragon Ball Z y desafiándonos que supera las trece lagartijas de la última vez o que le mete mil goles a su arco imaginario. Y si prendemos la compu, vamos a ver aparecer al otro, con la nariz pegada a la pantalla de cada clase virtual de la UNSAM que toma Emilce, su mamá, en una casa que devino aula, oficina, salita naranja, lugar de reuniones y, por qué no, también, escenario de una crónica.

¿Cómo se experimenta el distanciamiento físico siendo un adolescente? ¿Qué pensamientos devienen en el bicho de la cabeza de una chica de 17 años que decide alejarse de sus estudios en quinto año? ¿Cómo se construye un espacio institucional que canalice ese mar de emociones que atraviesan les alumnes de un colegio secundario porteño? ¿Qué estrategias de estudio y socialización inventan les estudiantes que están transitando sus primeros años en la universidad? Estas preguntas abren a los

mundos narrados en Cenizas de la mente, Emoción-arte y Bueno, loco, basta. Poné el temporizador. Relatos en los que sus cronistas se lanzan a explorar la relación entre el aislamiento, la virtualidad, las emociones y el sentimiento de soledad en jóvenes que habitan barrios de clase media de Capital Federal.

"¿Hoy tienen la Sputnik?" "¿Están usando la rusa o la china?" "Dicen en la tele que la Astrazéneca es peligrosa, ¿qué onda?". Vacunate PBA es un relato en el que pueden escucharse los sentidos que circulan en la planta baja de una facultad convertida en sede sanitaria y a la que acuden diariamente vecinos y vecinas del partido de Tres de Febrero a recibir sus primeras dosis de inmunidad. Con el segundo año de pandemia también llegó la vacunación masiva y nuestra cronista, laburante y militante de ese espacio, nos relata cómo es una jornada de trabajo ahí adentro.

Junto a estas esperanzas sanitarias, el juego y el arte también emergieron como estrategias para darle pelea al distancimiento. Cuando el mundo se Bugueó y Alto vicio, nos adentran en el universo gamer y en los modos en que buscar al otro a través de la virtualidad resultó vital para poder sostener una sociabilidad desde el encierro. A su vez, Resignificando el lugar que habitamos es una crónica que nos permite ver cómo una técnica artística como el collage puede estrechar vínculos entre Julia y otras cuatro mujeres que buscan habitar sus nuevos cuerpos en un centro de rehabilitación de Capital Federal.

Todos estos relatos se elaboraron en el marco del Taller de Escritura y Argumentación que cursan les estudiantes de primer año de las carreras de sociología y antropología de la Escuela IDAES-UNSAM. Se trata de un espacio de ejercitación y reflexión sobre el oficio de escribir que durante el 2021 volvió a convertirse en lugar de encuentro virtual entre la docente y les estudiantes. A lo largo de la cursada trabajamos no sólo en la construcción colectiva del conocimiento sobre la escritura sino también en la importancia de experimentarla como una artesanía a la que se le va dando forma a través de distintas estrategias y recursos y, sobre todo, a través de la reescritura. Les invitamos a leer nuestras producciones, trece textos que han sido el resultado de estos cuatro meses de intenso de trabajo.

BORGES Y CORTÁZAR, LA CULTURA DEL ESCABIO

Yamila Parzajuk

Sábado 22 hs. Maxi abre la puerta del departamento de Juani. En un brazo, bolsas con botellas de fernet, cervezas y gaseosas, y en el otro, una caja de cartón con el escudo de "El Imperio", el ritual previo a que "Borges y Cortázar, la cultura del escabio" abra oficialmente al público.

— Gordo, traete una birra.

De musculosa vieja y un short deportivo, Juani con los ojos entrecerrados y los pelos desalineados, agarra unas de las que no se venden. Recién sacadas de la heladera, comienzan a formar la típica capa de gotitas que indica su temperatura ideal. Más el olor a jamón, queso y salsa; se les hace agua la boca.

En el sillón del estar comedor, estiran las piernas y relajan la espalda. Cada uno con su lata, hacen zapping entre partidos de fútbol y programas sobre política. Junto al televisor de 50", una pizarra blanca con palabras garabateadas: 1) El respeto a los vecinos, un error nos deja afuera. 2) Voz baja. 3) Entradas y salidas sin hablar. Entre la cocina y el estar, una heladera y un freezer, llenos de bebidas. En los rincones, botellas de Campari, Fernet Branca, Coca-Cola, cervezas de muchas marcas, vinos tintos y blancos dulces, además de cartones y plásticos rotos.

A las 0hs, una luz verde y una chicharra ensordecedora interrumpen un ferviente debate sobre Santiago Cafiero y Martin Guzmán. La computadora, que hasta entonces había pasado desapercibida, anuncia que ya es hora de activar.

Si bien ambos tienen trabajos estables de lunes a viernes, emprender surge como una necesidad. Maxi es enfermero de hospital público. Atiende 3 de las más de 7000 camas de terapia intensiva, ocupadas con pacientes de Covid-19. Su sueldo no es acorde a las exigencias del virus: el básico en enfermería no llega a los $47000. Juani, por otro lado, es un sociólogo que no ejerce. Trabaja como asesor de siniestros en una aseguradora que le paga bien, pero el salario se le va ayudando a su vieja jubilada con la mínima. Antes de la pandemia, alquilaba el departamento a turistas. Con el DNU N° 274 cayeron todas las reservas, y con ellas los pesos extra para darse unos pocos gustos.

La elección del tipo de empresa no fue azarosa. El confinamiento y las restricciones trajeron aparejado un incremento del consumo de alcohol en toda la Argentina, ya sea por un aumento del tiempo libre, la falta de una rutina estable, la angustia producto del encierro o el estrés por la incertidumbre económica. Palermo, consumidores y alcohol. Todo cuadraba a la perfección.

Los sábados le toca a Maxi trabajar. Pese a haber dormido en su cama la noche anterior, la hinchazón de los ojos y las ojeras oscuras se notan. Pone el volumen del parlante de la computadora al máximo y se acuesta para tratar de dormitar. A las 3hs, el ruido y la luz vuelven a surgir. Dos combos de fernet con cocas. Salta del sillón y comienza a preparar el pedido. Lo guarda en la mochila y sale junto a Rosa Luxemburgo, la nueva miembro

del equipo. De color rojo brillante y sin gran rastro de tierra en las ruedas, la bicicleta tiene olor a nuevo.

Por más que sea su noche de descanso, Juani se levanta y se sienta frente a la computadora. El ruido de la PC no lo deja dormir. Aprovecha el tiempo muerto dentro del departamento y comienza a pulir las estadísticas en las que viene trabajando hace un tiempo; siempre fue bueno analizando datos. Previo a comenzar con el emprendimiento, realizó una investigación de mercado durante un mes, recorriendo supermercados chinos, almacenes de barrio, grandes cadenas y distribuidoras. Surgieron planillas con los precios de cada proveedor y los de la competencia, con las posibles ganancias. Ir a hacer la compra semanal se convirtió en todo un trabajo de campo.

Para poder insertarse en el mercado, los amigos decidieron probar con Pedidos Ya, la forma más rápida y segura para hacerse de clientela. Así, apareció Jacqueline en sus vidas. Parecía ser una buena asesora comercial. Les dio datos esperanzadores sobre las ganancias, los guió durante el proceso de empadronamiento en la aplicación, les explicó cómo darse de alta en el monotributo e ingresos brutos, y hasta cómo cambiar los precios de los productos para sacarle más provecho al horario nocturno. Era una agradable comunicación vía mail y whatsapp. Sus mensajes siempre eran positivos. O al menos eso creían.

Lo que Jacky no les había advertido es que ser parte de la app es un trabajo duro, para nada sencillo. Los mails se hicieron más frecuentes. En un principio, a modo de sugerencia, les recomendaba vender más tipos de cerveza, no solo las clásicas. A las pocas semanas, empezó a exigir que trabajen más horas. Y después, más días a la semana. Los correos de Jacky seguían apareciendo en la bandeja de entrada. En paralelo, comenzaron los llamados. Buscaba respuestas. Quería saber la razón por la que estaban vendiendo tan poco, en comparación a la competencia. Qué había pasado que no mejoraron la variedad de productos, pese a sus advertencias. Jacqueline ya no es la chica simpática de Pedidos Ya. Ahora, es la jefa que no querían tener.

Ni Juani ni Maxi encuentran tiempo en la semana para salir a buscar variedad de birras. Tienen un stock que reponer, trabajos formales y familias que les exigen que aparezcan cada tanto, por lo menos en una videollamada. En los amigos del barrio encontraron un placebo. A cambio de una birra y un poco de charla, les hacen el aguante un par de fines de semana. Pero no alcanza. Jacky, la familia y el trabajo siguen exigiendo un mayor compromiso.

Pasados unos cuarenta minutos, Maxi vuelve junto a Rosa. Una gota de sudor corre por su frente y le cuesta recuperar el aliento. Esta vez le tocó pedalear hasta Recoleta. Con una sonrisa que se le asoma por el barbijo, saca de su bolsillo $2800. Sobre la mesa, restos de pizza, un viejo packaging de auriculares y un libro de actas negro. En penumbras, guarda la plata en la cajita y escribe qué se vendió y cuánto ingresó.

— Vos sos como mi hermano, pero la confianza acá se construye porque hay plata de por medio— le dijo Juani a Maxi una noche.

Jacky lleva un registro virtual de todos sus movimientos, pero para ellos, que dicen ser de la vieja escuela y no tan millennials, el libro es más cómodo. El papel les da la tranquilidad de que los números son verdaderos.Una hora después arranca lo que para ellos es la “Noche Burlando”. Es en honor a la noche de las noches, momento en

que Diego Armando Maradona conoce al mediático abogado de gira por los boliches porteños. De 5 a 8 am el timbre de la aplicación no para de sonar. Cinco bolsas de hielo, diez botellas de Corona, tres packs de seis latas de cerveza, tres combos de fernet con coca, dos champagne con speed, un vodka con dos jugos de naranja y un vino tinto.

Las heladeras ya no están llenas y el hielo comienza a escasear. La mayoría de las bebidas no tienen el frío que deberían tener. No esperaban grandes ventas llegando a fines de mes. Un machete en la pizarra: Coca Cola - 2hs; Pack de cerveza - 1h; Botellas: vodka, fernet, campari - 1.30hs. Respiran profundo. Saben que tienen el tiempo justo para que se enfríen un par de botellas. El frío es una pieza fundamental en este negocio. Si el pedido llega rápido y bien frío a destino, la calificación es mejor. Una mejor puntuación los posiciona en el podio de la app y atrae más clientes.

— El objetivo es aumentar las ventas— les recuerda Jacqueline todas las veces que llama.

Nuevamente, Maxi sale a repartir en compañía de Rosa. Dejando de lado las lluvias y las olas polares, moverse en dos ruedas no es tan malo. Ahorran en nafta y les da un mayor porcentaje de ganancia. Con el permiso para circular como enfermero, no tiene problemas en los controles. La policía lo para en varias ocasiones, pero apenas le hace preguntas. Para su sorpresa no le piden el DNI, solo el permiso.

Afuera, los únicos sonidos que se escuchan a lo lejos son las llantas de las bicicletas y las motos contra el asfalto. Seguramente, es la competencia. Rara vez pasa un coche, mucho menos una persona.

— Sabemos que están en clandestinas y que violan la cuarentena. Nos pagan y eso es lo que nos importa — dice Maxi entre repartos.
— Así es, amigo — le da la razón Juani—. Está mal, pero no tan mal.

Plaza Serrano no es la misma que hace un año y medio. Persianas bajas, luces apagadas, sin música. Whoopies, Ragnar Beer Pub, Cervecería Valk Taproom, Clara, Bad Toro y Malas Artes, todos cerrados definitivamente. Las calles perdieron vida.

Cuando vuelve, el sol entra por la ventana del estar de Juani. Es la señal de que ya se puede apagar la computadora. Hace media hora que no hay más alertas. Con las ojeras más oscuras que al principio del día, sin sueño y pasados de rosca, se van a acostar tras haber recaudado cerca de $12000.

Para ellos el domingo arranca a las 13hs. Ya sin tiempo para el desayuno, pasan directamente al almuerzo. Festejando la ganancia, piden un asado completo para dos y descorchan un vino del stock que no se vende.

— Amigo, no podemos pedir más. Era el momento justo. En casa, con la pandemia y solo saliendo a repartir. Bastante bien estamos— dice Juani, levantando la copa medio llena.

Echados en el sillón, comienzan a buscar en Pedidos Ya un postre. El dinero para el delivery sale de la desgastada caja de auriculares. Ya no les hace falta buscar en sus billeteras o pensar en cuánta plata les queda para tirar hasta cobrar. Sin embargo, la indecisión les juega una mala pasada. Ambos se quedan dormidos con el celular en la mano, a punto de caerse al piso. Cuando se despiertan ya está oscureciendo. Maxi agarra su mochila, saluda con el puño a su amigo y parte. Quiere bañarse en su ducha y dormir

en su cama. La puerta se cierra y Juani se recuesta nuevamente en el sillón. Los ojos se le vuelven a cerrar.

Mañana es lunes, comienza la semana y con ella, nuevamente, las jornadas eternas de teletrabajo y los turnos en el hospital. Esperan con ansia el domingo que viene para comer nuevamente asado y, si no se quedan dormidos, pedir helado. Pese a que sus sueldos no aumentan desde enero, ahora, gracias a Borges y Cortázar, pueden darse ese tipo de gustos.

DARLO TROLO: RESISTIR EN TIEMPOS PANDÉMICOS

Agostina Mas

Llega tarde al trabajo en su bicicleta playera lila. Se baja perreando y saluda. Se escuchan a través de sus auriculares, los bajos y trompetas del funk brasileño que suena al palo. Ale es el encargado y tiene que abrir el local.

Es un café ubicado en un barrio muy tranquilo y pudiente de CABA. Todo muy lindo, muy vintage. Tiene un patio lleno de plantas y carteles viejos. A cualquier hora del día puede estar sonando Lisandro Aristimuño o Natalia Lafourcade. Menos cuando está Ale. Ni bien entramos, lo primero que hace es conectar el celular al parlante. 7:30 AM con neo-perreo de Tomasa del Real (me enteré de ese género por él); "los vecinos ahora que trabajo a la mañana me deben odiar el doble que antes", dice entre risas mientras prende el segundo parlante del patio. Ale es excéntrico y está muy "en la suya". Él voguea, todo el día. No importa si está el dueño o si suena Joy Division.

Trabaja en este café hace tres años. Luego de una larga licencia, se reincorporó el verano pasado. Desde octubre del 2020, el local está funcionando con atención al público. Pero la situación durante los meses previos era muy distinta. El lugar se había convertido en una especie de dietética-verdulería-cafetería-restaurante-fiambrería al paso. Todo era extraño, pero se hacía lo que se podía. El 19 de marzo del 2020 cuando se anunció que durante quince días tocaba aislarse, el personal se repartió los alimentos perecederos y cerraron. A las semanas volvieron todxs menos él.

Ale habita las contradicciones que más dolor de cabeza me dan. "No, yo palo santo no uso más. Solo sahúmos yuyos", dice quejándose de la tala de palo santo mientras come una feta de jamón crudo. También, habita las decisiones y encrucijadas que yo más desconozco. Las luchas antagónicas entre el silencio y el trabajo, el estigma de la seropositividad y la medicina prepaga.

En el primer anuncio de la extensión del ASPO, cuenta Ale que escuchó por primera vez la clasificación "persona de riesgo" y se sintió automáticamente interpelado. Tiene VIH. Nadie en el trabajo lo sabía, solo una compañera y yo. El miedo de Ale, como el de tantxs otrxs, siempre fue la discriminación y en este caso el despido. Si bien la confidencialidad es un derecho, a la hora de explicar por qué no podía reincorporarse, tuvo que contarle la situación a lxs dueñxs. "Si, son muy amorosos y todo, pero la presión siempre está ahí. Todos los días me preguntaban cómo estaba, yo sabía que era genuino, pero por otro lado sabés que quieren saber cuándo vas a volver", comenta.

Su situación se complicó unas semanas antes del comienzo de la pandemia. Un poco por miedo y otro poco por desinformación, en medio de un cambio de obra social, fingió no tener VIH por temor a no ser admitido. Estuvo sin su medicación durante ocho largos meses. Esto retrasó (por casi el mismo tiempo) su regreso al trabajo. A Ale –como a la mayoría de lxs laburantes– le tocó poner el cuerpo, frente a frente, contra la burocratización de la salud y la precarización laboral. Recuerdo su carita de emoción cuando me dijo: "La tóxica (Majo, una amiga de él), Mauro y Juan (otros dos amigos) me trajeron una compra de super a casa". La misma que tenía cuando me contó que había empezado a tomar nuevamente la medicación.

El día que volvió al trabajo, se respiraba otro aire. Era un día de fin de semana, soleado y de calor. Lxs dueñxs sonreían, habían ido con sus hijos a desayunar (odiamos que hagan eso). La dueña grababa con su celular una historia para Instagram: "@ElUsuarioDeAle Bienvenido!!!!!". Ese mismo día pensaba preguntarle a mi jefe cuando tenía planeado darme de alta en AFIP. Entendí que no era el momento.

Ale te cambia el día y lo convierte en una celebración. A veces, también, te lo arruina. Una vez hizo llorar a Lucy, una compañera, y después se enojó porque ella se enojó. Yo un poco me reía, mientras la consolaba.

Recuerdo cuando lo conocí por primera vez (2019). Pelo rojo fuego, aros enormes por todos lados, uñas amarillas, largas, hermosas. Era mi día de prueba. Un día horrible. Lleno de gente. No había barista (quien hace el café), no había bachero (quien lava los platos). No podía creer las condiciones, quería desaparecer. En un momento, Ale se acercó a mí. Fue la primera vez que olí aquello que después se haría cotidiano; cigarrillo y aceite esencial de pachuli. Abrió el bolsillo de su delantal y me mostró todos los cristales y piedras que tenía guardados, "yo acá me traigo de todo, hay una onda...". Sentí aquello como un gesto de invitación, de apertura. No volví a ese lugar por mucho tiempo; hasta que por las vueltas de la vida terminé oficialmente trabajando ahí.

Cuando lo volví a ver estaba distinto. Ya no tenía el pelo de colores. Se había sacado los aros. Las uñas estaban cortas y sin esmalte. Yo tampoco era la misma. Ninguno allí. Nos había pasado por encima una pandemia (no tan) inesperada. Durante todos esos meses Ale se mudó solo, se endeudó, volvió a compartir el alquiler porque no llegaba a fin de mes y también emprendió. A mediados del 2020 tuvo la oportunidad de alquilarle un PH a una vecina bastante mayor, que se lo dejaba a muy bajo precio. Me di cuenta de su mudanza porque las selfies diarias que subía a las redes, en bata y slip, tenían otro fondo. Paredes color rosa, ojos violetas pintados sobre paredes blancas, muchas plantas, atrapasueños, altarcitos llenos de sahumerios, muchísimas monedas y aceites. Monedas que a veces no sabe si usar o no, cuando se queda sin plata. Yo le digo que sí, que las use y que siga fluyendo la energía. Aunque no hay energías o "vibras" suficientes si el contexto socioeconómico no acompaña, ¿no? Ale me cuenta que le debía plata a todo el mundo. Lo intimaban desde la tarjeta de crédito bastante seguido. Cada tanto iba y se llevaba algo de comida de la casa de su madre. Ahora vive con un amigo, que según él no limpia nada. En eso nos parecemos mucho. Nos encanta limpiar. Compartimos el placer de la heladera blanca y de la mesa de la cocina sin migas. Vive con Marce porque no llega fin de mes y la casa tiene un cuarto extra. Parece que ahora se quiere ir de ahí, porque la señora es bastante demandante. "Me voy rápido que tengo que sacarle las plantas de abajo de la escalera, así tengo la tarde libre", dijo una vez.

Para paliar un poco la crisis, comenzó a preparar productos de cosmética natural. Los vende en el almacén boho-natu-chic-porteño de nuestro trabajo. Compite con los shampoos sólidos de una chica a la que le hace mala fama diciendo que le dieron caspa. También lo he visto escondiéndole los jabones en algún recóndito lugar del estante.

Ale a veces se pierde mirando el parque de enfrente. La mirada fija y las manos sobre el tazón de café con leche. Puede estar así un rato, en silencio, hasta que vuelve. Por lo general habla mucho, así que cuando está callado es porque algo le pasa. Suelo preguntarle; a veces responde, a veces no. La mañana en nuestro trabajo es muy tranquila,

gente trabajando desde sus computadoras, o gente que vuelve de hacer ejercicio. Tenemos mucho tiempo para charlar, así que charlamos.

Hace algunas semanas me contó a carcajadas que le había llegado el turno de vacunación, y que como estaba borracho lo canceló. Él no quería vacunarse; "si me muero o me agarra algo le avisan a mi familia que es toda su culpa", decía. La familia lo presionó mucho para que lo hiciera, y él terminó accediendo. Como yo sabía que él creía en esas cosas, el día que llegó luego de su vacunación, le hice creer que se le pegaban los metales en el brazo. Gritó.

Ale es de creer en teorías conspirativas y también tiene un lado espiritual muy trabajado. "Miren la hora (11:11am), pidan un deseo (cierra los ojos y pide un deseo), así sea, así es, hecho está". Yo nunca llego a decir a tiempo las palabras, o siempre las digo en el orden equivocado, así que dejé de hacerlo. Siempre tiene a mano algún aceite esencial, alguna piedrita, e incluso muchos de sus tatuajes son símbolos esotéricos y astrológicos. Es un aspecto que rige su vida. "Viste que con Marce somos opuestos complementarios, él es de Libra y yo de Aries, bueno. Cuando íbamos a la Jolie nos vestíamos así en dúo. Si yo me ponía una red negra, él se ponía una red blanca. Íbamos así medio yin-yang", me cuenta un día que llegó nostálgico y con ganas de bailar. Ese día hablamos de la Jolie, que es una fiesta LGBTIQ+ de Palermo. Perfo, brillos y mucho éxtasis. Ale me contaba que sentía que ponía en escena a "otra capa de personalidad". Más allá de la "joda", y las drogas que puedan acompañar la ocasión, para él era un pequeño portal donde ser sin tapujos. Darlo "trolo". Extraña mucho esos días. Hace un tiempo me dijo que le pesaba haberse cerrado tanto. No pudo terminar de explicarme a qué se refería porque se llenó el local. Pero aun así, creo que lo entiendo. Mientras, contenta con alguna "rancheadita" en su casa, o en la casa de algún amigx. Unos vinitos y a dormir temprano. Hay poca plata y al día siguiente hay que volver a trabajar.

NO ES QUE NO TE VEA

Lucas Melillo

“Uno, dos... No, va de nuevo... Uno, dos, tres, cuatro...”. Él me insistió en que había llegado a 13, aunque yo había dejado de contar en 6. Hacer lagartijas en plena vereda no es algo que se vea todos los días, pero él habrá querido demostrarme que se encontraba en buen estado físico. Ojo eh, tampoco es algo de lo que yo dudaba, si cada una de las tardes pega volteretas y corre de un lado a otro afuera del supermercado. Se acomodó el barbijo de Dragon Ball Z y tiró el buzo: cualquiera queda agitado después de hacer un poco de ejercicio y festejar a los saltos. Por un momento se había olvidado de la gente que seguía entrando al Vea.

La caja marrón que tenía a su derecha le sirvió como punto de apoyo una vez que se sentó, pero también para guardar algunas de las cosas que llegaban a entregarle las personas que salían del supermercado, aunque a veces no recibe nada. Metió la mano y me mostró que le habían dado “dos paquetes de leche nomás”. Me sonrió mientras me los enseñaba, y pude ver que se reía mientras los sostenía: es difícil sacarse un buzo sin que se desacomode el barbijo.

Una, dos, tres, cuatro, cinco... Hasta ahí llegué al conteo de personas que llegaron al supermercado durante esa tarde, pero ninguna de ellas le contestó una pregunta. Al menos es la misma que me hizo a mi apenas llegué: si podía comprarle algo para comer. Esa pregunta que por lo que escuché la gran mayoría de las veces sale ya de forma automática, y casi no termina la oración por falta de tiempo. Pero no es que él no tenga el tiempo suficiente, sino que la gente que entra no se lo da; buscan cruzar esa puerta para ir a lo suyo... a lo que fueron. Santino sólo tiene una cuestión de segundos, hasta que los compradores cruzan la puerta que divide al mercado del exterior; intentando, quizá, que al realizarle esa pregunta, al menos una parte de él ingrese con ellos.

Hace varios meses ya que habilitaron la función de pagar los servicios de Pago Fácil en el Vea, para lo cual se forma una segunda fila, en sentido contrario a la que hacen las personas para realizar las compras. En esa cuadra que tiene las baldosas recién arregladas, con cuatro canteros que son como una estación de Retiro canina, pero en pleno barrio de Caballito, y mirando como esa Avenida Juan Bautista Alberdi no hace otra cosa que crecer, después de haber declarado su Independencia unas cuadras atrás.

La señora de buzo verde ni siquiera lo miró a Santino cuando se le acercó; y tampoco es que le haya preguntado si eligió ese color de ropa para combinar con la fachada, o por qué motivo el “3x2 de Vinos y Champañas” que aparecía arriba de su cabeza no incluía a la bodega Latitud 33. Simplemente lo ignoró. Lo mismo pasó con el hombre de atrás, que miraba tan atento el celular que no solo se perdió la pregunta de Santino, sino que tampoco habrá prestado mucha a importancia a ese cartel de pollo fresco entero que durante ese fin de semana estaba de oferta. Recién la cuarta persona llegó a asentirle con la cabeza y la quinta le dio algo de charla. Santino me contó que la conocía y eso cuadra un poco en el porqué de la conversación.

Aunque no siempre hay gente esperando afuera del supermercado. La pandemia y la cuarentena han modificado muchos hábitos y han generado nuevas costumbres.

El distanciamiento físico en las filas está presente tanto afuera como adentro del Vea. “Pasamos más tarde”, dice una pareja que tiene a siete personas delante suyo. Control de temperatura, alcohol en gel y changuito, los primeros elementos que uno se encuentra al cruzar. Esa puerta en donde del lado de afuera está Santino, y en donde pregunta si pueden comprarle algo para después meter en esa caja, en donde se apoyó después de las lagartijas. Pero Santino no está siempre afuera, hay días en los que ni aparece.

“Uno, dos, tres...”. No sé por cuántos metros llegó a elevarse esa botella por el aire. Algunas veces la atrapaba, otras no. Porque además de correr de un lado a otro, tirar la botella repleta de agua era una de las actividades que hacía Santino al lado de la puerta mientras una nueva persona se acercaba. Más pasaban los intentos, más alto se elevaba en el aire esa botella sin etiqueta cargada de agua. Pero Santino no está siempre afuera, hay días en los que ni aparece.

Es domingo en la Ciudad. Está soleado, pero hace mucho frío. Hay gente paseando con sus perros, otros en bicicleta y otros con sus niños. La fila se arma de manera inconstante, porque todo está más relajado, dado que es domingo en la Ciudad. Y también en Moreno, de donde es Santino. Un domingo que no tiene fútbol, pero que sí tiene goles. Porque hay formas de divertirse, y no hace falta un arco con red para sentir la alegría de hacer un gol. Para estos casos no existe ni el VAR, porque Santino salió despedido con los brazos en alto cuando el Toyota Corolla gris estacionó al borde del cordón, entre dos canteros. Y no precisamente porque quería celebrar que el conductor lo haya dejado en menos de tres maniobras, sino porque la cajita de ese Baggio perdió absolutamente todo su aire (el mismo que perdió él después de las lagartijas) debajo del neumático. Tampoco es que se sintió Messi, ni Cristiano Ronaldo.“Yo juego como el Pulguita Rodríguez”, me confesó mientras me narró aquella vez en la que defendió a su hermano en pleno partido. Porque hoy muchos futboleros queremos ser como el Pulguita, quien a sus 36 años acaba de salir campeón del fútbol argentino con Colón.

Salir en defensa de su hermano le costó una piña en el ojo izquierdo, que también fue víctima de su última caída en bicicleta. La misma bici que usa para llevar a su hermano más chico para jugar a la pelota, que le queda grande porque no llega a los pedales, y que usa para pasar su tiempo libre. La misma a la que tuvo que inflarles las ruedas la semana pasada, por falta de aire, como él cuando terminó las 13 lagartijas y se apoyó en la caja. Pero Santino no está siempre afuera, hay días en los que ni aparece. Por lo general los días nublados no lo puedo encontrar, pero hoy estaba muy agradable. ¿Se habrá ido para la puerta del Coto? Porque él me dijo una vez, que ahí había mucha más gente. “Un montón”. Me hizo acordar al documental “Tire Dié”, de Fernando Birri, considerado como la primera encuesta social filmada: ahí se muestra cómo en un pequeño pueblo de Santa Fe, allá por 1958, los chicos esperaban la llegada del tren para correrlo y que los pasajeros les “tiren dié”. Y mientras corrían para esperar las monedas, sabían que era muy buena la llegada de un tren de Buenos Aires: ahí se transformaba en un “Tire cincuenta”.

Y si, capaz está allá, porque los pibes del “Tire dié” se quejaban de que los que no venían de Buenos Aires eran “una manga de secos”. Aparte en Coto están los Superfindesemana, y los compradores no están dispuestos a desaprovechar las ofertas. Los mismos que no quieren estar en la fila equivocada, porque conocen que en el Vea hay dos filas. Porque contestan, sin ningún tipo de duda, cuando el recién llegado pregunta si está en la fila correcta. Es un “si”, o a veces un movimiento de cabeza, pero siempre hay una devolución, una respuesta.

No como cuando se les acerca Santino. Porque él se les acerca sólo antes de cruzar esa puerta. Está él, con su caja, con su barbijo de Dragon Ball Z... tirando piñas al aire y corriendo de un lado a otro. Está solo porque lo dejan solo. Una, dos, tres fueron las veces que vino la policía a preguntar por él y por sus padres, según me cuenta uno de los repositores del supermercado. Porque el hombre me contó, que la policía ya le dijo a los padres, que no lo dejen más sólo a Santino porque iban a llevárselo. "Pero les chupa un huevo, ellos saben que los pibes acá rinden más porque le tienen lástima, porque cuando está la madre nadie les da nada", me dice el repositor, que mientras tanto toma la temperatura de cada una de las personas. No sé cómo estará la de él.

Pero, aunque Santino no está siempre afuera, siempre permanece afuera del mercado. En esa vereda, que puede ser ocupada por alguna de las 7251 personas que viven en situación de calle en la Ciudad de Buenos Aires, según el segundo Censo Popular de Personas en Situación de Calle, realizado en abril de 2019, y de las cuales 871 son niños, niñas y adolescentes. Debajo del logo de Western Union, y justo al lado de la entrada al Vea, en donde la plata "rinde más", según indica uno de los carteles que dan a la calle. Al lado de la puerta principal y al lado del local del Fugu Sushi, que deletreamos letra por letra cuando me lo pidió. Al lado de una canilla que usa para lavarse el pelo y las manos. Pero sobre todo al lado de la puerta, en donde pone esa caja que le sirve de apoyo, y que corre a veces para hablar con los de seguridad, sin preguntarles si está en la fila correcta. "Me hacen leer", me dice Santino, que ya había aprendido que al lado suyo estaba el Fugu Sushi.

"4950 pesos, ¿podes creerlo?", le dijo un hombre a su esposa apenas salió del Vea, apenas pasó por el descuento del pollo fresco y apenas cruzó el Fugu Sushi. Las bolsas le pesaban, pero aún así le dio tiempo a la queja una vez fuera del supermercado. Santino lo escuchó, levantó los hombros y me dio a entender que él tampoco podía creerlo. La mujer tampoco le contestó, quizá porque tampoco podía creerlo. O quizá porque simplemente ni siquiera le importó, de la misma forma en la que quizá tampoco le importó la pregunta que le hizo Santino un rato antes, acerca de si podía comprarle algo en el supermercado. Porque, al fin y al cabo, parece que a veces respondemos sólo lo que nos importa, y no todo lo que escuchamos.

CUANDO EL MUNDO SE BUGUEÓ[1]

Yamila Mallo

Tobías mide alrededor de un metro ochenta y dos y pesa cien kilos. La habitación mide tres metros por tres y medio con ropero empotrado. Hay una cama, dos escritorios, una gran silla giratoria y una ventana. Sobre el escritorio están los monitores de la compu y de la Play que lo conectan con el adentro y con el afuera. De la ventana hacia afuera está la pandemia por todos lados.

—Che Moncho, ¿estás? Somos Tony, Eli, Garrafa, Franco, Alexis y yo— enumera como quien pasa lista para armar el partido en la canchita.
—¿Esta noche?
—No, ahora. Dale, te esperamos— se ríen, Tobías se ríe. Se ríe y grita —vení para acá, acá estoy cubrime, boludo te la dio en el culo.
—Son cuatro, faltan dos, no los veo ¿Los ves?
— ¿Dónde están?

Empieza a hacer calor, está oscuro, se escuchan tiros y una radio. Dejaron de reírse. El Tobías del juego sube corriendo la escalera, se esconde detrás de unos estantes, sabe que lo marcaron.

–Moncho, ¿Dónde estás? No me dejés solo—está agitado, sacude las piernas, las manos le empiezan a transpirar.
— Shhhh no hagas ruido. ¿Los ves? —pega un salto para salir por la ventana, pero le dan justo. Salta en la silla al mismo tiempo.
—¡Campero[2] de mierda me agarró! Tony salvame, Tony... — golpea la mesa, empuja la silla para atrás, está transpirado como si hubiese estado en Afganistán, en el de verdad.

Se escuchan tiros, corridas y de nuevo laradio.
— Tomamos Charly, tomamos Charly.

Por unos minutos será espectador, a nadie le gusta serlo, sólo le queda una ilusión para no pasar al olvido. Que alguna de sus jugadas sea considerada la mejor de la partida y que cuando cierre el juego la repitan y todo su grupo la vea. Dos cosas parecen ser fundamentales, no perder prestigio y hacer muchas kills[3], no le fue mal, pero lo dejaron solo y se murió. Tobías prende la luz, enojado, el calor del cuarto es inaudito para esta época, transpiró como tres horas de gimnasio o como se podría intuir en una batalla. Abre la puerta, abre la heladera y se sirve agua. Vuelve a su cuarto, a su búnker de guerra que paradójicamente es su refugio de amistad. La pandemia lleva quince meses confinando a la población mundial, en un regular tire y afloje entre salir y guardarse. Más de un año para consolidar y también para privar vínculos. En apariencia, pareciera ser el escenario ideal para los amantes de las consolas.

---

1 *Buguear*: fallo de programación en el juego que afecta negativamente al rendimiento o a la experiencia del usuario durante la partida provocando que no pueda iniciarse el juego, o que no se pueda avanzar en determinado momento.
2 *Campero*: en la jerga gamer jugador que se queda escondido esperando a que alguien pase para dispararle.
3 *Kills*: matar muchos enemigos.

–Si pudiera pedir un deseo sería tener tiempo para jugar a la Play todo el día— hecho, ¿y ahora?

Ahora no existen diferencias horarias para jugar. La anterior normalidad marcaba el ritmo de las vidas, que arrancaba a las siete y terminaba después de la cena. Sólo ahí comenzaba por un rato la vida gamer, con suerte un rato a la tardecita y después de cenar, hasta que ganaba el cansancio. El fin de semana es maratón por excelencia, se puede seguir de largo por horas y encontrarse con los amigos del COD[4].

Así fue como Tobías conoció a Tony que es el padre de Elías y el tío de Franco, que también es amigo del barrio de Garrafa. Moncho y Alexis no se conocían con el resto, son amigos del COD. El fin de semana era de encuentro porque en la semana Tony laburaba y los pibes estudiaban. Encima Moncho es de Perú y Alexis de España con lo cual los horarios están cruzados y les cuesta coincidir que estén todos despiertos a la misma hora. La pandemia les regaló la posibilidad de juntarse más seguido. Tony que es el más grande, pisando los cuarenta se quedó sin laburo así que la pandemia se convirtió en fiesta a medias.

Antes, Tobías tenía la Play cargada de juegos de todo tipo, indie, RPG, estrategia, de lucha, hasta Arcade, aunque siempre elige los shooters[5] como el COD. Su elección no es azarosa. La mayoría de esos estilos de juego son en solitario[6] a lo sumo alguno tiene algún modo multijugador[7]. Pero lo cierto es que, aunque el juego sea brillante y divertido siempre está solo jugando con la máquina. Así que poco a poco los fue borrando para dejar espacio libre a las actualizaciones del COD.

Con el 2020 y en medio de la pandemia llegó The last of us 2. Siete años después de la primera entrega, los y las gamers pudieron disfrutar de su continuación. Tobías estaba entusiasmado y apenas salió se lo compró. Contrariamente a lo que suele escucharse cuando juega a los de shooter este lo sumió en un ambiente silencioso, apagado y solitario. La narrativa del juego es brillante, sos la protagonista de la historia en un mundo postapocalíptico, pero llega un momento que cambiás de rol y te toca jugar con su antagonista y más allá de que es un juego, es casi una obligación empatizar con ella para poder matar a quién fuiste durante toda la historia. Tobías no lo terminó, dijo que no podía matarla y que prefería que otro lo hiciera. Si fuera el COD esa responsabilidad no estaría en sus manos. Seguro Moncho podría matar a Ellie, porque le dispara a cualquier cosa, dijo.

Antes del encierro hablaba y se encontraba con dos amigos de la escuela, Facu y Nahuel. Sus dos únicos amigos incondicionales, quienes lo hacen reír y lo entienden, lo acompañan y aunque mucho no jueguen lo escuchan cuando les cuenta que salió una Beta[8]. Tobías dijo varias veces cuando la soledad se vuelve dura, que quisiera volver a primer año de la secundaria cuando iba a la escuela y veía a Nahuel. Inclusive no puede creer que fueran a comer pizza libre a la Quadra o al Subway que no aguantó la pandemia y tuvo que cerrar. Ahora hablan por WhatsApp, se mandan audios y se ven en las clases de la escuela por Zoom, cuando se conectan y no se quedan dormidos.

---

4 *COD*: Call OF Duty.
5 *Shooters*: Juegos de disparos
6 *Solitario*: juegos individuales, offline.
7 *Multijugador*: jugar online con otras personas.
8 *Beta*: versión casi final que se puede probar de un juego antes de su lanzamiento final al mercado.

Se escucha el beep del encendido y las rueditas de la silla giratoria. El volumen de la tele se hace cada vez más fuerte, igual que la distancia de los amigos reales, los de carne y hueso, esos de los cuales sabés el día que cumplen años.

—Moncho... estás? —dice Tobías abriendo el juego y quejándose de la mala conexión.
—Sí, va re lagueado[9]. Me sacó man.
—Es que está todo el mundo. El servidor está explotado. Uh boludo, me sacó también. ¿Y Alexis?
—No sé, se conectó por última vez hace cuatro días, le escribí por el chat, pero no me contestó.
—Y ¿tenés el WhatsApp? Ahí entré.

La monotonía de la conversación se convierte en vorágine, la silla de Tobías se gira para un lado y para el otro, se queja de que no ve bien. Si muteara la tele se escucharía a la perfección el tacatacataca del joystick idéntico a una castañuela, pero el ruido es ensordecedor, disparos, corridas, la radio, los insultos, y las risas que se suceden cíclicamente.

—Che boludo, me voy a comer.

El mundo se silencia y Tobías se queda solo. A veces su cuarto es refugio yotras un túnel oscuro.

La pandemia nos obligó al encierro, a buscar al otro en la virtualidad. Se festejaron cumpleaños por Zoom, y hubo canción desincronizada, se conocieron nietos y se alzaron con el pensamiento. Psicólogos afinaron su vista para descubrir el lenguaje corporal del paciente desde un celular. Brindamos el año nuevo chocando el vaso contra la pantalla y lloramos nuestros muertos abrazando la nada, sin consuelo y sin beso final.

Cómo sostener vínculos, cómo forjarlos desde el encierro. Tobías no sabe el día que cumplen años Moncho, Tony, Eli, Garrafa, Franco o Alexis. No sabe la edad de todos. Sabe que Moncho es de Perú y empezó ingeniería en la universidad. Alexis tiene 18, Tony está sin trabajo y no sabe cómo paga internet para jugar. Al principio de la pandemia esto no le importaba, sólo que estuviesen conectados cuando él jugaba, para no estar solo, para que lo cubran y ganar. Y cuántos más fueran mejor, armar equipo y tener amigos de Play era fundamental. Con el tiempo descubrió que algunas personas con las que jugás son tóxicas[10] y tu equipo se achica, así pasaron Juan y Trayhard. Bien parecido a las amistades de carne y hueso. Hace unos días se armó grupo de WhatsApp, Tobías tosía y Tony le dijo que se preparara té con miel, resulta que Elías va a una técnica y está en tercero. Moncho, lo invitó a Perú y Franco no puede entender que la madre de Tobías también juegue a la Play, le preguntó si trabajaba. Él se animó a contarles que a veces deja de jugar porque se enfada mucho y termina golpeando cosas. Tony le dijo que respire y salga a caminar. Nunca hablaron de la discapacidad de Tobi, que a veces no se le entiende cuando habla, ni por qué se siente más a gusto con ellos que con los pibes que se juntan en la plaza. Sólo saben que es rápido, tiene buen equipamiento yestadísticas, además se ríe mucho y eso suma puntos.

---

9 *Lagueado*: tiempo de retraso que se observa luego que el jugador realice una acción en el juego y este demore en procesar la acción.
10 *Tóxicos*: jugadores que no respetan las reglas del juego, y se burlan u ofenden a los jugadores.

El mundo se bugueó en marzo del 2020 y nos quedamos solos en nuestros búnker-refugio, algunos se encontraron cara a cara con la soledad, pero aprendieron nuevas formas de comunicarse, aunque a veces vayan medio lagueadas.

—Che Moncho, ¿estás? Somos Tony, Eli, Garrafa, Franco, Alexis y yo—enumera como quien pasa lista para armar el partido en la canchita.
—¿Esta noche?
—No, ahora. Dale, te esperamos— se ríen, Tobías se ríe. Se ríe y grita —vení para acá, acá estoy.

BUENOS AIRES VACUNATE

Marta Mansilla

En enero del 2019 aparecieron algunos casos extraños de un virus que se expandía en China de manera acelerada. Tan solo dos meses después, comenzó a lo largo de todo el mundo, el aislamiento social y preventivo. Casi un año se demoró hasta dar con una vacuna que pudiera inocular el virus Sars-cov-2 conocido también como Coronavirus. En el mes de febrero del año 2021, se abrió la campaña masiva de vacunación a toda la población de riesgo registrada en VACUNATE PBA, que al momento sigue en curso vacunando a personas con y sin comorbilidades.

En el partido de Tres de Febrero se encuentran en funcionamiento cuatro sedes preparadas estratégicamente como postas sanitarias, que abren sus puertas de lunes a lunes para llevar adelante el plan de vacunación. Uno de ellos, ubicado en la calle Valentín Gómez 4752, es la sede II de la Universidad de Tres de Febrero. Dentro de ésta se destinaron el subsuelo y planta baja para la adecuación del espacio donde, todos los días, vecinos y vecinas de la región pasan a vacunarse.

En la vereda se arma la fila desde temprano a la espera del paso por las mesas de administración. En la entrada del edificio, se encuentra la sala de espera y pre vacunación donde las personas que están inscriptas realizan el ingreso previo a ser vacunados. "¿Qué vacuna están poniendo hoy?" "¿Hoy tienen la Sputnik? "¿Están usando la rusa o la china?"; "La Astrazéneca yo no me voy a poner, no, no. En la tele dicen que te puede dar una trombosis". Preguntan y comentan las personas citadas enfilándose una tras otra, con mucho abrigo, con barbijos sanitarios; barbijos con brillos; algunos con cuadros de fútbol o el logo de alguna empresa.

El día empieza temprano, a las 8a.m. Ingresan los y las trabajadoras para acondicionar el lugar. Cuelgan carteles en las entradas; colocan sillas y mesas en las que se acomodan con tablets, carnets y útiles para comenzar con el proceso que finaliza en vacunación. En la vereda de enfrente también acomodan con distancia algunas sillas que serán destinadas a los acompañantes de quienes serán vacunados.

Una vez dispuesto el espacio, las personas que se encargan de la logística toman temperatura, organizan la fila pidiendo que respeten la distancia social y piden a los ciudadanos que utilicen de manera adecuada los barbijos: "El barbijo va tapando la nariz", es una de las frases más escuchadas durante toda la jornada. Después de pasar por este proceso, en la administración los esperan Johanna y Valentina, que a través de una tablet constatan con el DNI del ciudadano si tienen o tuvieron turno asignado.

Luego de este proceso, la persona puede ingresar a la sección de pre vacunación. Allí se sientan a conversar con profesionales de enfermería que les harán preguntas sobre sus antecedentes de salud: "¿Tuvo covid o contacto estrecho con alguna persona que haya sido covid positiva los últimos 10 días? ¿Se ha colocado alguna vacuna los últimos 15 días? ¿Tiene alergias a algún medicamento? ¿Tuvo alguna reacción alérgica con alguna vacuna?" Si alguna de estas preguntas es respondida de manera positiva, el ciudadano no podrá vacunarse y deberá seguir las indicaciones previstas por los profesionales de la salud; si las respuestas fueran negativas podrá ingresar al vacunatorio improvisado.

Las salas de vacunación son dos, en cada una pueden ingresar 40 personas por turno. En la recepción, las personas ingresantes se encuentran con Leo. Él es trabajador del área de logística. Su tarea es acompañar y ubicar a las personas en una silla para la espera del momento en que serán inoculados. Mientras los acompaña se escucha que hace comentarios a modo de chistes: "La panadería queda en la esquina" dice jocoso. En algunas ocasiones se ha disfrazado de cirujano, o se puso una peluca rojo carmesí con corte carré, una bufanda de un equipo de fútbol que ganó el día previo y hasta se puso un cartel en el pecho el 25 de mayo para pedir una cazuela de locro. La actitud jolgoriosa que tiene hace que quien entre a recibir su vacuna lo haga de una manera más amena o relajada. Se ríe con sus compañeras y compañeros, genera un clima agradable y la espera parece ser más corta con su sentido del humor.

Una vez dentro del espacio, sentados en la sala ubicada en el hall de entrada del edificio, cada ciudadano y ciudadana se ven rodeados de 39 personas más que están la misma situación, algunos felices de recibir su dosis de vacuna, otros fastidiados; algunos celebrando y charlando con las personas que tienen a su lado, otros sumergidos en las pantallas de sus celulares. Entre ellos, está Silvia o "la hincha pelotas" como se denomina a sí misma. Silvia pasó por la vereda de vacunatorio por lo menos dos veces por semana durante tres meses, ya es reconocida entre los trabajadores y las trabajadoras. Ella está muy emocionada, aplaudió apenas entró a sentarse a los profesionales de la salud que la recibieron, acercó algunas facturas y lagrimeó un poco también. No para de decir que está agradecida por el turno que le llegó, no deja en ningún momento de sonreír y espera ansiosa su dosis de vacuna.

Mientras tanto, la sala se completa, los enfermeros y las enfermeras organizan la mesa de apoyo con los insumos necesarios: jeringas, algodón, bateas, descartadores amarillos (para los frascos vacíos de vacunas) y rojos (para los elementos cortopunzantes), alcohol al 70%, alcohol en gel, suero, planillas, tablets, biromes y los frascos de vidrios que contienen el líquido que será inyectado en la piel de las personas que están a la espera, estos frascos son los que contienen la vacuna que va a inocular al ciudadano contra el covid_19.

Se completó la sala y las jeringas están listas para ser cargadas. Antes de eso, uno de los profesionales, vestido con ambo, se para frente a los rostros con miradas de incógnita y previo a destapar el frasco de vidrio se dispone a dar "La charla". "La charla" se da en cada turno previo al pinchazo, donde explican que vacuna colocarán, cuál es su origen, cuáles son los beneficios y cuáles podrían llegar a ser los efectos adversos; entre estos últimos nombran fiebre, dolor de cuerpo, dolor de cabeza, dolor abdominal, vómitos, dolores articulares o síntomas similares a la gripe común; una vez finalizado el recuento de los efectos adversos, explican que ante estas posibles molestias podrán tomar un analgésico de nombre Paracetamol, cada ocho horas si fuera de quinientos miligramos, o cada 12 horas si fuera un gramo; también vuelven a repetir las preguntas referidas a los antecedentes de salud de cada ciudadano y les indican que solo está contraindicada la vacuna si respondieran de manera positiva al repetido cuestionario: "¿Tuvo covid o contacto estrecho con alguna persona que haya sido covid positiva los últimos 10 días? ¿Se ha colocado alguna vacuna los últimos 15 días? ¿Tiene alergias a algún medicamento? ¿Tuvo alguna reacción alérgica con alguna vacuna?" De ser positivo la persona deberá retirarse y seguir las instrucciones. De ser negativo continúan explicando que, por cuestiones de protocolo y seguridad, las personas deben aguardar en la sala una vez que fueran vacunados, con el fin de poder controlar si se sienten bien.

Al final de “La charla”, los enfermeros muestran cómo cargan cada jeringa. Mucha desconfianza e incertidumbre tienen algunas de las personas que serán inoculadas, esto se debe a falsas informaciones que circulan por diferentes medios de comunicación: “Vos estas seguro que eso no es agua, ¿No?”; “Los de la Cámpora se vacunaron primero”; “Hace poco vi en la tele que en Brasil simulaban que ponían la vacuna y la jeringa ¡Estaba vacía!”; “Mostrame como abrís el frasco, no sea cosa que me están metiendo agua o anda a saber qué cosa”. Son estos algunos comentarios que se escuchan mientras los enfermeros los ignoran y continúan con la carga. Todo listo para el final. Toman una jeringa cargada con la dosis de vacuna (0,5 ml) en una mano y en la otra un algodón embebido en solución fisiológica, se acercan a cada persona y después de pasar el algodón pinchan el brazo descubierto y descargan la jeringa, una y otra vez.

Pasó el tiempo de espera. Silvia pidió que le sacaran una foto. Tiene la sonrisa dibujada. Terminó el proceso de vacunación. Cada ciudadano recibe un carnet, un cartón que lleva los colores de la campaña, celeste y magenta, donde se anotaron sus datos y los datos de la vacuna que recibió al frente, acompañado con el número de ciudadanía. “Empieza con MS por Ministerio de Salud y continua con dos ceros”, dice la enfermera que reparte uno a uno los cartones. Finalizada la entrega y sin más demoras, invitan a retirarse a los vacunados y vacunadas, pero antes de eso, suenan fuertes los aplausos, los agradecimientos. Solo sonrisas se ven en los rostros de quienes llegaron con miedo, con ansias, con incertidumbres y se fueron con un aliento de esperanza, con la posibilidad de sentirse un poquito más seguros, con un acercamiento a la vuelta al contacto con sus seres queridos, con sensaciones de tranquilidad y deseo de volver a abrazar y ser abrazados.

Afuera familiares se acercan con los celulares en la mano, con la cámara abierta filmando o listos para dar el click y capturar la imagen de la emoción. Llantos, risas, alegría, emoción a flor de piel. Abrazos con las familias y fotos con el cartón sosteniéndolo como si fuera un trofeo, más aplausos que contagian a los trabajadores y las trabajadoras que felicitan a los vacunados. A Silvia afuera la espera su esposo, él recibió su dosis de vacuna hace ya dos meses. La espera como todos, con el celular en la mano y los brazos abiertos, se ríen pero también lloran, se abrazan y Silvia le dice: -¡Me trataron muy bien las chicas! ¡No me dolió en lo absoluto! Se acerca a Johanna, a Valentina y a Alejo, y les agradece por todas las veces que supieron darle respuestas cuando se acercó a consultar por el estado de su turno. Promete volver con algo casero, alguna torta que cocine en su casa y hace chistes sobre el apodo que ella misma se adosó:

-Ahora la hincha pelotas va a seguir viniendo a preguntar por la segunda dosis.

LAS CENIZAS DE LA MENTE

Guillermina Olijavetsky

Con el ceño fruncido toma su celular, desbloquea la pantalla y sube y baja en ella su dedo pulgar de manera automatizada y veloz. En solo unos segundos pudo ver en el historial de instagram a Merlina, que cumplió cinco meses con el novio y lo festejan con una cena, pero también vió a Mariana y a Rosario, que mostraban sus apuntes de la facultad con orgullo al lado de una taza de café o sobre un escritorio bien decorado. El ceño fruncido ahora es más notorio y sus dientes hacen un intento de penetrar su labio inferior. En su escritorio también había tazas de café, pero no acompañaban ninguna lectura, solo eran el rastro de varias noches de desvelo. Bruscamente vuelve a guardar el teléfono en su campera gris, al ser dos tallas más grandes sus bolsillos son perfectos para ocultar cualquier cosa.

Hace tan solo unos meses atrás la podías encontrar en la esquina de Alberdi y Estrada. Puras mentiras. Eso hace creer su pálido rostro ante los ingenuos. Dos años han pasado. Por más que las comisuras tirantes de sus labios quieran explicar otra cosa, sus grises ojeras denotan la tristeza del tiempo, la suciedad y el encierro. Pero allí la veías con la misma campera gris, con un paquete de cigarrillos sobre sus manos inquietas. “Si falta al colegio, ¿Qué hace acá?, ¿No la ven los profesores?” comentarios muy similares a estos se escuchaban en la salida de aquella secundaria y que para su suerte no llegaban hasta sus oídos, que se encontraban en la vereda de enfrente.

Las cuatro amigas cruzaban al verla, “¿Me das una pitada?” era la frase que no podía faltar a continuación de saludos ansiosos luego de haber pasado cinco o seis horas dentro de la institución. Eran treinta minutos o a lo sumo una hora el tiempo que las cinco amigas se veían, y eran suficientes para que esta muchacha de cabellos largos y marrones sonriera.

Así transcurrió quinto, entre trabajos prácticos a la distancia, recorridos sin un objetivo claro desde su casa a aquella esquina, sesiones de terapia y un grupo de amigas que parecía haber adquirido una jerga propia, pero a la cual se le sumaban palabras inventadas provenientes del ámbito estudiantil del que Lara no participaba. A medida que pasaba aquel año los encuentros con sus amistades fueron siendo de a poco más frecuentes. La media hora en la esquina pasó a ser una hora en la plaza, o dos. Para la primavera fueron todas a la casa de Mariana y resultó emocionante subir a su techo. En diciembre ya era costumbre pasar las noches allí. Las otras cuatro conversaban entre sí y asumieron que las sesiones de terapia le eran de ayuda, sin embargo, ninguna se atrevía a hablarle directamente del tema.

Continuaba el verano, el último en el que Lara pisó el pasto sin sentir al bicho en su cabeza. Así lo nombraba ella. En las redes se ven bikinis rellenas de cuerpos, cuerpos que no puede ni quiere ver, porque son distintos al suyo y de esa forma el bicho vuelve. Ahora se concentra en el marrón opaco del río, el muelle de madera, el pasto recién cortado y las hamacas que alguna vez hizo Mario, el padre de Mariana. Idas y vueltas en lancha desde el puerto de Tigre hacia las islas del delta. El colegio era algo lejano y distante, Lara se animaba a usar la parte superior de su bikini. No había nadie más que ellas y mosquitos, Lara de a poco entraba al río.

“Creo que vuelvo”. Un mensaje que tomó por sorpresa a todas. “En marzo” continuó. Emoción en el grupo de whatsapp por parte de todas en cada mensaje. La idea de cursar sexto año era entusiasmante en esa conversación virtual, en esa y en tantas otras. “Las cinco con el buzo de egresados, ¿Se imaginan? nos vamos a tener que sacar fotos en el aula” escribió Candela.

El otoño no solo le arrebató al verano los rayos del sol que impactan en nuestros poros para darle vida a la piel, sino que también sus vientos arrasan con todos los objetos livianos que se cruzan, como las hojas ya amarillentas o las cenizas de los cigarrillos. No fueron la excepción las cenizas que desprendió el último cigarrillo de Lara. Antes, reposaban sobre un pequeño plato azul que cumplía con el rol de cenicero, y que curiosamente combinaba con las dos macetas vacías de aquel balcón. Pero su mirada estaba perdida en la vereda, en los árboles desnudos, en el dúplex de al lado que era exactamente igual al suyo, y en cualquier objeto inerte que pudiera observar desde las alturas como si eso la calmara, aunque fuera un rato.

Otra vez es junio. A pesar de que el clima en este mes sea el mismo todos los años, lo distinto es la gente, el mundo. Un virus proveniente del otro lado del globo llegó hace ya más de un año y lleva consigo vidas humanas día a día. Y otra vez es el mismo junio que el anterior, un mes en el que, salvo algunas excepciones, los colegios siguen vacíos, los docentes se sientan frente a una pantalla durante horas, los alumnos se conectan desde sus hogares a las clases virtuales. Los estudiantes dependen de una computadora, un celular, una tablet para poder acceder a clases en las que no ven las caras de todos los presentes y deben poner toda su atención en un profesor o profesora que jamás vieron en persona. Así transcurrieron los meses el año pasado y así transcurren ahora, pero, en este junio Lara ya no se sienta en un escritorio a ver pantallas, ahora está fumando en un balcón.

Su cabello sigue marrón y crece. Crece lo que se estima para todos, un centímetro por mes. Si fuera medido daría cuenta de la cantidad de tiempo que lleva cayendo sobre sus hombros y su pecho. Sus manos inquietas por el temblor del frío se potencian con la ansiedad naciente en su cuerpo y una tarea sencilla como prender un encendedor le resulta un desafío. No es la primera vez que se encuentra en este aprieto, el temblor es la respuesta que encuentra su cuerpo para sus pensamientos insaciables. La cabeza es el mundo interior propio con el que cuenta cada ser humano y ciertas privacidades que allí se encuentran deben ser respetadas. Pero cuando las mismas ideas autodestructivas dan vueltas sobre una sola mente no es sinónimo de algo bueno, pero ahora no parece importarle porque la llama sale a toda velocidad y alumbra esa noche incierta. Otro cigarrillo que se consume, el bicho se relaja.

Bien sabe que los bichos son otros seres vivos, insectos. No rondan por cabezas de adolescentes. Mucho menos en la suya, tendría que estar trabajando todo el día sin descanso. Estaba en una clase de meet la última vez que su zumbido le resultó intolerable. El docente pronunció su apellido y el insecto salió disparado por todos los sectores de su cerebro sin parecer contentarse con nada. Ya el temblor no molestaba solo a sus manos, sino que ahora también a sus piernas, brazos, torso, mandíbula. El sudor acompañó sin meditarlo. No sabe si fue ella o el animal, pero sus dedos cayeron sobre el botón rojo de la llamada.

Mensajes que llegan constantemente en un grupo de whatsapp captan su atención. Las cinco amigas hablan sobre música y cantantes contemporáneas, tal como solían

hacerlo antes de la pandemia, en una plaza o en la casa de alguna. Lara se sumerge en la discusión y argumenta porqué Billie Elish es mejor que otras, pero no sin antes hacer un comentario sarcástico que hace reír a todas. No queda en el mensaje la sonrisa irónica que esbozó, pero sí su ingenio. "No saben lo que dijo mi profesor de matemática" cuenta Vera y da paso a una conversación que en un principio las entretiene sobre el inoportuno comentario de aquel docente y las risas y los mensajes sarcásticos se intensifican. Pero Mariana cuenta que sus docentes son cautelosos y que por lo general sus compañeros también, entonces comienza cada una a contar su experiencia en la facultad. Lara no vuelve a hablar.

Allí no había docentes cautelosos o inoportunos. Tampoco reservados o graciosos. Allí había solo una habitación. Y un balcón. Ambos gastados de tanto ser pisados por los mismos pies todos los días. Javier es el nombre del último profesor que tuvo, fue en diciembre la última vez que vió su rostro pixelado para avisarle que en febrero iba a rendir su materia. El classroom está cerrado hace ya meses y las tareas pendientes parecen pedir a gritos ser resueltas.

Quizás no fumen en un balcón, pero sí en la calle. Los y las ve caminar a las apuradas sobre la avenida, con la vista baja en los asientos del colectivo mirando una pantalla. No sabe qué aplicaciones tienen en sus celulares y se pregunta si usarán el classroom, si estarán llegando tarde a alguna clase o sí escaparon de ella. Tampoco sabe exactamente sus edades porque hace tiempo que no se encuentra entre adolescentes y su espejo no es parámetro de nada. Pero sin embargo ahí están, con grandes pasos atraviesan las calles y arrojan colillas, se apoyan ansiosos sobre las paradas de los colectivos y esquivan miradas. Se pregunta si tendrán algún bicho, si el insecto será el mismo para todos o varía en tamaño y color.

Cuando las mismas cuatro paredes ya han absorbido sus últimos rastros de cordura se ata sus largos cabellos en un rodete y sale. Santiago vive en la otra cuadra. Sus encuentros no son muy frecuentes, pero siempre que lo llama está. A menudo se sientan sobre un cantero y le pide cigarrillos porque sabe que a él nunca le falta tabaco de cereza y así cambia un poco su rutina. Recuerda cuando compartían clases presenciales, ambos tenían apenas quince años y el pelo mucho más corto. Los temas de conversación rondan los mismos tópicos todas las veces, pero no le importa porque casi no lo ve. Santiago le cuenta que terminó el secundario hace un mes, ahora sale a buscar trabajo con su bicicleta y no tiene en mente seguir estudiando. Lara todavía no lo comprende del todo, son bastante distintos, pero nuevamente no puede evitar pensar en insectos, él debe tener alguno chiquito, quizás un bicho bolita.

LES ESCONDIDES

Natalia Mariani

Como casi todas las veces que vamos a Puerta 8 con mis compañeras de Barrios de Pie, nos reunimos en la plaza. Es mayo, y es feriado. La calle se siente más vacía y desolada que un día cualquiera en pandemia, y en Caseros. Entre mates, galletitas, y frío, conversamos sobre lo que juntamos para llevar, las actividades que vamos a realizar, los carteles que faltan hacer, y los folletos que faltan armar. Mientras esperamos la combi y armamos lo que falta, planeamos las próximas acciones. Acciones necesarias. Acciones urgentes.

Nuestras charlas, recurrentemente, nos convocan a pensar qué más podemos hacer. Así fue como llegamos a Puerta 8. Un barrio recóndito e invisible dentro del Partido de Tres de Febrero.

—Señora, señora.. ¿me da un globo verde?
—¿Me hace una espadita?
—Mirá, tengo una pechera como la tuya. Ahora yo también soy ayudante.
—¿Hoy hay masa para jugar?

Nuestros pies húmedos lo indican: hemos entrado al barrio. Nos reciben las llamadas de niñes que se acercan corriendo, algún canino de esos poco agraciados, y el olor a basural tan propio de este barrio. Con ayuda de les vecines, organizamos un espacio en el medio de un pasillo donde poder hacer actividades con les niñes. Recaudamos mesas, sillas y coloreamos el espacio con banderines y carteles.

Los globos se llevan la primera atención. Todes quieren una espadita, un corazón, un perrito. Ni la espera ni las manos llegan a cumplir la expectativa, y en breve, ya no habrá más globos para repartir.

Organizades en grupos, repartimos hojas, lápices de colores, masa, témperas y crayones. Rápidamente, las hojas se van llenando de casitas, nombres, corazones; sobre el vacío deviene la vitalidad que cada niñe imprime con su arte. Mientras veo como a una niña muy pequeña le rebosan los mocos de la nariz, y atino a limpiárselos con una carilina, se acerca Danilo a mí, mostrándome un dibujo, en una hoja cuadriculada, que entre palitos y circulitos, se apreciaban una casita con una enorme ventana, un sol gigante y amarillo y muchas flores de distintos colores.

Danilo, un niño de siete años; de sonrisa compradora y ojos color miel. Me expresa querer regalarme el dibujo.

—¡Qué hermoso dibujo! ¿Le pones tu nombre así me queda de recuerdo? - le pregunto.
—Es que a mí no me sale escribir mi nombre. – me contesta, escondiendo su carita detrás del papel.

Juntes, con ayuda de unas letras de cartón, que preparamos especialmente para el apoyo escolar del día, empezamos a armar su nombre. Letra por letra, reconoce e intenta escribir, se dispersa con el juego de sus pares, canta el trap que suena de fondo y

se vuelve a concentrar en la tarea de escribir. Luego de un rato, inmersos en este mundo mutuo, empiezo a notar como se le transforma su cara, y se le va dibujando una sonrisa al ver que está pudiendo escribir “D A N I L O”.

Reparo que alrededor, llamativamente, hay otres niñes sentades en las mesas compartiendo las tareas de sus cuadernillos escolares. Se vislumbran muchas otras letras y números de cartón, hojas con garabatos intentando ser caligrafía, y seres buscando aprender a la par de alguien que los guíe, sin dispositivo móvil de por medio.

Las mesas de trabajo se vuelven una calesita de manos que van y vienen agarrando y dejando útiles. Mientras hablan entre sí, se quitan, se pelean y comparten lo que agarraron, cada une intenta avanzar con sus deberes. Me detengo observando aquella escena y noto que, en el común denominador, más allá de la edad, el problema es la escritura: algunes porque escriben de arriba para abajo, otres de derecha hacia izquierda. Escucho que les mismes cuentan que a veces, asisten a una escuelita de monjas donde aparte de tomar la merienda, les ayudan hacer la tarea. Al parecer, el tiempo destinado no alcanza para cubrir el déficit de aprendizaje.

Danilo me cuenta que es fanático de los dinosaurios, que al que tiene le falta una pata porque se la arrancó “El Pela”, su hermanito, y después, me advierte no tocar al perro que estaba cerca nuestro porque “está re loco”.

“El Pela”, con su gorrita roja tapándole los ojos, está sentado cerca nuestro. Revuelve los números de cartón, ahora un poco manchados por sus manos llenas de tinta, y se las señala a mi compañera preguntando qué número es. Inmediatamente, Danilo llevando su mano a la frente como en gesto de resignación, acota:

—¿No te acordás? Ya te dije el otro día cuál era ese.

Riendo, me cuenta que “siempre se olvida”.

En ese momento, nos distraen los gritos que venían de un poco más atrás. Por un lado, un grupo de niños de alrededor de 10 años, corriendo y pegándole al perro “re loco” con una botella. Por el otro, otro grupo de distintas edades, saltando sobre escombros de basura, y trepando chapas para ver “quién llegaba más alto”.

Vuelvo la mirada hacia mi alrededor más cercano, y contemplo las caras preocupadas de mis compañeras por lo que está pasando. Sin demasiada mediación de palabras, Luz, una compañera del grupo, se acerca a les “treparadores” y logra convencerles de formar parte de algo que al parecer les entusiasmó. De la basura, comienzan a sacar unos trofeos y agrupades en ronda, investigan cómo desarmarlos para que cada une se lleve una pieza.

—Yo quiero el caballito.
—Bueno, toma, te doy el mío.
—Seño, ¿a mí me puede sacar el más grande?
—Tome. Este lo sacamos para usted.

En poco tiempo, se volvió un juego preferido, y la ronda se hacía cada vez más grande. Todes querían un pedacito de trofeo. No tuvimos el mismo éxito con el otro grupo de niños. El perro se alteraba cada vez más, tirando tarascones, pero los niños eran

sordos a nuestro pedido y a la llamada de atención de que era peligroso. El reducido grupito que quedó en las mesas haciendo sus actividades escolares, creando muñecos con masa o dibujando, nos relata que molestar al "perro loco" es un juego frecuente y divertido para ellos.

—Ese perro es re malo, el otro día mordió a mi primita.
—Siempre está enojado.
—Seño, ¿la masita se puede llevar?
—Pasa que el Damián y el Ciro, lo molestan y lo enojan todo el tiempo
—Si, se pone muy loco cuando le dan con la botella

Ya cansades de tarea, y de armar y desarmar cuerpitos de plastilina, salen en bandada a jugar a la escondida. Se dispersan y se camuflan entre los pasillos, los carros, debajo de la mesa, y detrás de alguna de nosotras. Lo que sin embargo no se esconde, son esos mocos cayendo, las sonrisas de boca sucias, y los bigotes de jugo.

No sólo faltan barbijos y alcohol en el cotidiano del barrio. Sabemos por un pequeño censo que realizamos allí unas semanas atrás, que la conectividad necesaria para sustituir la presencialidad escolar también escasea. Las redes activas, que ciertamente de wifi no son, las generan les vecines organizades, que ahora se respiran en el olor a locro y torta frita. En pocos minutos, el pasillo pasa de ser un salón escolar a un salón de fiestas. Entre todes juntamos las mesas, repartimos vasos con chocolatada caliente, y empiezan a salir del disco con grasa fundida los pastelitos y torta fritas. De fondo musicalizan los bafles que un vecino acerca al banquete.

— "Ranchando en la esquina con los grandes y los guachine.. Yo no falto el respeto, que conmigo no patinen." – canta y baila "El Pela", al ritmo de la música que suena.

—Yo quiero ser como "L Gante" cuando sea grande: - le dice Damián.

El sol ya escondido y el cielo con sus matices rosas violáceos nos marcan el fin de la jornada. Mientras la combi avanza, les niñes y su "perro loco" acompañan el movimiento corriendo y saludándonos por detrás, hasta dar la vuelta en la plaza. La plaza es el punto principal del barrio; sólo allí las calles tienen nombre, sólo allí hay un potrerito para jugar, sólo hasta allí les niñes llegan a saludarnos, hasta difuminarse en la invisibilidad social cual neblina de atardecer de día frío y feriado.

RESIGNIFICANDO EL LUGAR QUE HABITAMOS

Tatiana Martinchuk

Son apenas las 15 horas de un miércoles del mes de mayo. Aparece Julia, en silla de ruedas, asistida por un camillero, saluda con un hola cansado, el barbijo impide descubrir si sonríe, pero su mirada detrás de esos anteojos comunica que efectivamente sonríe. La Terapista Ocupacional le responde con un hola cariñoso. El sol se entromete por los enormes ventanales del gimnasio.

En el Centro de Rehabilitación todo transcurre sin sobresaltos, los profesionales van y vienen con sus rostros cubiertos por barbijos y gafas protectoras. Los pacientes deambulan en silla de ruedas, andador o bastón, algunos manejan dichos dispositivos. Otros no pueden. Hombres y mujeres viven allí de manera transitoria. Un evento repentino impactó fuertemente su salud y en su vida cotidiana. Su casa es la clínica. Entraron allí con un cuerpo que desean abandonar para reencontrarse con el anterior. El gimnasio es amplio, hay música de fondo, conversaciones, los árboles son el paisaje que se visualiza a través de las ventanas. Camillas. Almohadones de distintos tamaños. Ejercitadores de distintas formas y colores son la foto del lugar. Es ahí donde cada tarde, Julia, se encuentra con su Terapista para enfrentar a su nuevo cuerpo.

Dentro del Centro funciona el Servicio de Terapia Ocupacional, (que una tarde de mayo es transformado en un taller/ atelier) y donde se programa realizar de manera grupal un collage, donde el arte fotográfico, literario, grafo plástico toma protagonismo y le pasa por encima a lo concentradores de oxígeno, sondas nasogástricas, andadores, sillas de ruedas, ortesis, etc. No hubo barreras arquitectónicas que pudieran impedir su entrada. De este encuentro participan en total ocho mujeres (cinco de ellas se encuentran actualmente recibiendo tratamiento de kinesiología, fonoaudiología y terapia ocupacional, tres son profesionales que pertenecen al servicio de "T.O").

Julia, es la artista del servicio, es a ella a quién se le ocurre organizar un encuentro de mujeres, convocarlas a través del arte. Es especialista en collage. Fotógrafa. Su inquietud: contar utilizando imágenes-palabras cómo es transitar una enfermedad alejada de su familia y en aislamiento.

El coronavirus modificó abruptamente las prácticas dentro de la clínica. Las visitas son con turno. Los pacientes no pueden contactar físicamente con sus familiares y amigos/as. En los espacios comunes de la clínica pueden agruparse de a dos o de a tres. Deben pedir permiso para pasear por el parque. Julia inquieta y entrañable, le propone a su Terapista Ocupacional armar una actividad artística, pero con la siguiente salvedad: que ella deseaba abrirlo a la comunidad de compañeras/os. Un gran dilema se le presentó a la profesional, ya que fue necesario acotar la cantidad de pacientes que podían concurrir al servicio. Luego de haber organizado la cantidad de personas que asistirían, día y horario, Julia eligió un tema central para el collage y que sería utilizado para convocar a las demás mujeres. Refiere que la temática que la aflige en este momento es estar enferma y, al mismo tiempo, encontrarse internada en un centro de salud que a consecuencia de cumplir con los protocolos sanitarios correspondientes prepondera el aislamiento social. Concluye diciendo (sic): "quiero

contar como es transitar una enfermedad en soledad, fuera de mi casa, deseo relatar cómo es enfermar en pandemia".

Allí la paciente expone lo que desea, qué sentimientos afloran frente a esta situación, cuál es la emocionalidad qué la interpela. Es en ese instante donde su Terapista Ocupacional le propone realizar una lluvia de ideas para armar la actividad, nuestra fotógrafa estrella, accede con gusto. Entonces se produce una modificación en el ambiente acartonado laboral, donde la medicina tradicional suele ponerse de manifiesto, el gimnasio de rehabilitación automáticamente adquiere un espíritu transformador y liberal. Sin ninguna duda, los otros pacientes que transitan por ahí presentan las mismas inquietudes que Julia. Se da un aire mágico olvidando que su cuerpo y su vida están completamente transformados para reencontrarse nuevamente con la artista que la habita. El final de la sesión de aquel día culmina con una lista de materiales a conseguir, se pacta fecha y horario. Y Julia se compromete a convocar a cuatro compañeras para compartir la dinámica.

Llega la tarde elegida, comienza la sesión de Terapia Ocupacional, esta vez, transformada en un atelier, allí donde por un rato estas cinco mujeres entre 50 y 70 años se sienten menos aisladas y más agrupadas, se olvidan de las reglas institucionales, de sus medicaciones y sus dietas alimentarias. Hay una actividad significativa que la une. El horario pactado: 15:00 horas de un miércoles de mayo, no es cualquier miércoles, es el miércoles del collage. Se reúnen tres Terapistas para colaborar en lo que necesiten y compartir un momento en el que se conecten más con el afuera que con el adentro, la atmosfera del espacio se modifica. El sol de mayo entra por la ventana, los árboles, el pasto y las flores se visualizan atravesados por la claridad de los grandes ventanales del gimnasio, los pájaros se posan en los árboles y los gatos hacen reunión en las ramas. Se acompaña con música que otorga una sensación de distensión, como una manera de sentirse en el living de la propia casa. Se ofrece protagonismo a nuestra artista con el objetivo de que explique la propuesta a sus compañeras y a partir de allí todo aconteció liviano, amoroso, sincero, conectadas con su cuerpo y emocionalidad.

Entonces entre revistas, colores, telas, chinches, fibras, crayones, letras, palabras, tijeras, plasticola, se organiza un entramado de diversas situaciones y configuraciones dentro de un edificio gigante, por momentos solitario, ruidoso por las noches, silencioso y aburrido los fines de semana, transitado por personas que no son parte de la red que las ataja del otro lado del portón, habitado por pacientes que se entrelazan en una misma causa: sanarse. Se pone de manifiesto el sentir de estas mujeres que se perciben lejos y aisladas, el arte utilizado como canal de conexión con el afuera, la música como pasaje para sentirse libre, el expresar las emociones las hace salir de su interior, es un momento para reír y para llorar, para compartir con otras personas que no son parte de su círculo íntimo pero que en la actualidad son sus pares, sus compañeras, sus allegadas. Se entrelazan las tramas y se forjan vínculos, manifiestan estar alegres por encontrarse reunidas en ese espacio. Hacen chistes con las profesionales que las acompañan, se olvidan de sus dolores corporales por un momento. Sacan fotos con sus celulares.

Se habita un espacio alejado de la medicina tradicional y hegemónica. Las fronteras del afuera quedan entrelazadas con las fronteras del adentro. La institución se desdibuja para dar rienda suelta a recuperar encuentros que se generen desde el placer, la recreación, el compartir con otro, el sentir que deciden por ellas mismas.

Donde la norma y la regla quedan veladas por una reunión de cinco mujeres que tienen algo en común.

¿Qué tienen en común estas mujeres? Las atraviesa la enfermedad, una secuela, una discapacidad, un duelo que elaborar, un nuevo cuerpo que aceptar. Se coloca un marco que va a oficiar de collage comunitario, cada una elige un sector como propio, empieza la búsqueda de imágenes en las revistas, de objetos que pongan de manifiesto cómo son sus vidas en la actualidad. Una de ellas se queja de que una enfermera tuvo que efectuarle un enema para lograr evacuar, empieza a describir la situación y expresa que se imaginaba a la enfermera con una sopapa en la mano, todas comienzan a reírse, pero además sucede algo, todas recibieron enemas por parte del personal. Entonces es allí donde la imagen preponderante del collage es una enfermera que ridiculizan con diferentes ropas, maquillajes, la hacen gigante sosteniendo una sopapa. Recortan y pegan palabras que van encontrando, construyen una gran sopapa de color rojo y mango largo, ese es el centro del trabajo artístico y alrededor palabras como: fiesta, rock, vida, alrededor del mundo, imaginación, dulce espera (una de ellas explica al pegarlo que es porque espera con ansias el momento del alta), hablar, viva, historia, eterno resplandor, colocan hojas de los árboles del parque.

En una esquina del cuadro colocan ganchos, chapas, clips que vienen a simular prótesis u ortesis que requieren en sus tratamientos. Entre recorte y recorte ellas se cuentan por qué están internadas allí, quiénes son sus médicos de cabeceras, quién es su kinesiólogo -kinesióloga, que medicación toman actualmente, que les gustaría comer. Repiten varias veces la invasión que sienten en sus cuerpos, la manera en que las bañan, con qué persona comparten la habitación, qué miran en la televisión. En fin, se va tejiendo una red, de repente hablan de lo que extrañan de sus casas.

–Valorar lo simple– dice una de ellas mientras recorta la palabra imaginación.

La manera en que recortan, las palabras e imágenes que usan, la forma en que se mueven dentro del servicio nos habla de estas mujeres. Una de ellas es ansiosa, se apura para realizar la tarea elegida “decorar la esquina de lo que va a ser el collage”, no presta atención a poner los frenos en la silla de ruedas cada vez que se para, se fatiga y requiere de una T.O que le recuerde que respire y se tome un descanso. Julia no para de dirigir a las demás, ella tomó el rol de coordinadora, brinda indicaciones sobre cómo debe cobrar vida la enfermera ridícula con la sopapa en la mano. Otra de las mujeres es una máquina de recortar imágenes, pinta dos manos entrelazadas. Una explota su lado sociable y desde su silla de ruedas pide sacar una foto para retratar el momento.

El sol brilla en su máximo esplendor, el cielo limpio. Compañeros y compañeras que trabajan en el gimnasio se convierten en lejanos e intrigados espectadores de lo que sucede con las chicas de T.O. El collage no fue sólo un collage, se transformó en un encuentro para derribar la soledad, en un espacio catártico para sentirse acompañadas, en un ambiente catalizador de emociones, donde por un rato la consigna fue: “vale todo”. Vale cantar, sincerarse, agruparse, llorar, reír, pensarse, darse consejos, ánimo. Hacer un paréntesis de la realidad que las acontece, cerrándole las puertas a la enfermedad.

¿CUÁL ES MI LUGAR?

Federico Paruolo

Amaneció hace muy poco, el olor a pasto mojado impregna el ambiente, hace frío y compartir el mate es imposible por el miedo al contagio. En la ronda no falta nadie, el murmullo se escucha desde lejos, hay risas y también se nota, por las voces, pero más que nada por los gestos, que hay preocupación. Hoy llegaron todos y todas más temprano, hay que votar para aceptar, o no, a Leandro en la feria.

El parque Saavedra se encuentra situado al norte de la ciudad, tiene una circunferencia de casi un kilómetro y medio, con forma de "O". Desde hace 40 años tiene las mismas construcciones: un colegio donde funciona jardín de infantes y escuela primaria, en el extremo sur de la "O", pegado un club de barrio, grande, de unos 1000 metros cuadrados, que supo albergar a la comunidad de Boy Socuts de Saavedra y funcionar de estacionamiento de la estación de bomberos cercana; en el extremo este de la "O" hay una cancha de bochas, luego, el parque solo tiene árboles y senderos.

Punto de reunión de les jóvenes desde hace diez o quince años, ocurrieron en él una serie de suicidios a finales de la década de los 90, se convirtió en lugar de encuentro de las y los vecinos reunidos en asambleas populares durante y post crisis del 2001 y albergó a uno de los primeros clubes del trueque entre principios del 2002 y el 2004; desde el año 2012 se instaló una feria itinerante del gobierno de la ciudad los días jueves y sábados, y dos o tres veces por año se instala una feria de comidas.

Este "club del trueque" se mantuvo hasta principios de 2003, luego se transformó en una feria improvisada sobre el lado norte del parque, muchos de sus miembros originarios dejaron de asistir al mejorar la situación económica del país, el resto mantuvo la feria trabajando sobre mantas arrojadas en el piso. En el año 2009, las personas que participaban de esta feria improvisada lograron organizarse y obtener un permiso precario para instalar puestos, mediante una estructura de metal que se instala el día previo a la feria, manteniendo este funcionamiento hasta la actualidad.

La feria funciona creando un pasillo a lo largo de una calle lindera al parque, con veinte puestos de cada lado, ha sido desde el año 2001 el termómetro económico del barrio; en las épocas donde la economía "es buena", es decir en periodos de crecimiento los artículos que venden los y las feriantes dejan de ser de "primera necesidad" y se ven objetos modernos, más sofisticados y de gran variedad, por el contrario en épocas de retracción económica abundan los artículos de primera necesidad y venta de usados; también es en estos momentos de crisis donde se ocupan todos los puestos de la feria.

Unos 10 días atrás del día de la votación, mientras Hugo, Claudia y Ernesto armaban la estructura –como desde hace más de 10 años– Leandro se acercó, se saludaron chocando los puños, y arrancaron una charla casual que pasó por la familia, los amigos y la salud. Al llegar al "trabajo" Leandro se puso más serio y explicó que no está en un buen momento e hizo la pregunta que lo llevó ahí, ¿hay lugar para mí?, la misma pregunta de hace casi 20 años.

Estamos en mayo del 2002, Leandro a fin del año pasado perdió su trabajo en una fábrica de electrodomésticos, tuvo que mudarse a la casa de sus padres donde, también por la crisis económica, viven, junto a su madre y su padre, su hermana, su cuñado, su sobrina y su tía. Su padre es carpintero, así que él heredó la profesión, pero nunca la ejerció. Nacido y criado en el barrio, a fines del 2001 y principios del 2002 participaba de las asambleas barriales que se improvisaban en la parte norte del parque, donde charlaba con vecinos que conocía de vista desde siempre y con algunos con los que tenía más relación. Su situación económica se agravó con el pasar de los días hasta que, llega un sábado de sol y frío al parque, tira su manta en el piso, al lado de la de Claudia y saca el termo, Claudia aporta yerba, Hugo unas tortas fritas, y poco a poco se va poblando un sector del parque de mantas y venta de artículos usados o hechos a mano. Leandro pregunta "¿hay lugar para mí?". "Lean", como le empiezan a decir, hace mates de madera tallados, les agrega nombres, frases o algún decorado simple, generalmente trata de canjearlos por ticket canasta o patacones, también si consigue alguna herramienta y cada tanta ropa para su sobrina.

Claudia es "ama de casa", enviudó a comienzos de 2002 y la crisis económica la obligó a participar del club del trueque, tiene dos hijos, vive en su casa y alquila una habitación como forma de ingreso extra, ofrece electrodomésticos, vajilla y ropa usada. Hugo es un ex empleado ferroviario que intenta sostener la hipoteca de la casa familiar con la magra jubilación que percibe (fue jubilado por incapacidad a finales de 1999), tiene una hija que vive en el exterior; vive con María, su esposa, su padre era sastre de profesión –falleció a mediados del 2000– y dejo muchos trajes, sacos y pantalones abandonados o a medio hacer, Hugo retomó el trabajo de su padre y ofrece trajes, pantalones y sacos -casi nuevos y usados-, al igual que Lean y Claudia trata de canjearlos por tickets o por algo que necesite con urgencia.

Un año después, Lean abrió una carpintería en el garaje de la case y dejó la feria. Claudia y Hugo continuaron y, con el tiempo, se han hecho "referentes" de las y los feriantes. Durante la crisis del año 2009 se incorporó a esta "feria" Ernesto, coleccionista de relojes y cosas antiguas. Se acercó para mejorar sus ingresos, ya que tuvo que cerrar el negocio (de venta y reparación de relojes antiguos) por no poder pagar el alquiler. Vecino del barrio desde que nació, rápidamente se integró a la feria, ya conocía a todos y todas las feriantes, y en breve se convirtió en referente.

Desde el 2009 y hasta la fecha la feria obtuvo una semi formalidad, está autorizada a instalarse en el parque por parte del Gobierno de la CABA, en el sector extremo norte, siempre respetando el máximo de 40 puestos. Al no estar incluida en el circuito formal de ferias se le impide acceder a beneficios, financiación para infraestructura, publicidad, etc.

En abril del año pasado por las restricciones de circulación la feria cerró, quitando el medio de sustento de varias familias. El cierre se debió a la prohibición del gobierno de la CABA de montar la misma, mientras duraran las restricciones de circulación. Volvió a abrir en noviembre y se sostiene hasta la fecha. Cuando no hay autorización para montarla, les feriantes vuelven a la vieja usanza de tirar sabanas o lonas en el extremo noroeste del parque y exponer allí sus productos, por primera vez desde que se logró un acuerdo con las autoridades de espacio público, aún sin autorización la feria se monta igual.

Cuando se les pregunta por qué abren la feria pese a las prohibiciones, el "termómetro" económico se deja ver: "Es que no hay plata" cuenta Claudia, "nosotros pasamos de vender productos que comprábamos al por mayor a volver a vender saldos, cosas usadas o hechas a mano, se nota que esta dura la cosa". Hugo asiente y dice "nosotros armamos un fondo con los compas para gastos, reponer lonas, arreglar los fierros, todos aportaban, ahora ya lo gastamos todo y nadie puede aportar, la gente compra mucho por internet". Ernesto -como siempre- es el más optimista y dice "el vecino se está dando cuenta que esta difícil están viniendo a comprar más, para dar una mano ¿viste?. Además esto ni bien se acaba repunta, hay que pasar el invierno".

Hoy tenemos asamblea porque –dice Claudia– que el viernes pasado se acercó Leandro, el "Lean", y cuenta "mientras estábamos armando nos vino a preguntar si había lugar, no pensé que estuviese tan complicado, pero tuvo muy complicada la salud de su mujer, no pudo trabajar y no usa muy bien internet, la semana que viene votamos entre todos, mucha gente se acuerda de él, de la época del club, supongo que no va a haber problema".

Ernesto le dice a Claudia que ya están todos para poder votar. Toma la palabra Claudia y dice: "Tenemos que votar si autorizamos a Lean, un histórico desde del 2002 para quien no lo conoce, a poner un puesto, él trabajaba vendiendo mates tallados y cositas de maderas, lo conozco desde esa época es un buen muchacho". Ernesto acota "tenemos dos lugares disponibles, el 13 y el 22, no hay todavía un pedido para ocuparlos, yo también lo conozco a Lean, en 2010 nos hizo los cartelitos de madera que usábamos en la entrada, no nos cobró nada". Toma la palabra Hugo, que da cuenta de la experiencia de vida conjunta con Lean durante el tiempo que compartieron feria durante el 2002, "arrancó con nosotros cuando éramos 5 o 6, hace y vende cosas de madera, hoy no hay ningún puesto que haga eso, lo conoce mucha gente del barrio, hasta puede traer clientela, me parece que sería muy bueno que se incorpore".

Instalado el tema, las y los feriantes comienzan a hablar entre ellxs, es fácil reconocer distintos grupos, están "los históricos" que siguen desde el 2002, están las y los feriantes que se sumaron en la crisis del 2009 y, luego, el grupo que se fue incorporando más tarde. Se escucha un murmullo general, hasta que Claudia aplaude para llamar la atención y pedir que se realice la votación, que es a mano alzada.

Preguntados por quienes están a favor, del grupo de los históricos rápidamente levantan su mano todos y todas, los siguen el grupo del 2009 también de manera unánime, luego ocurre lo mismo con el grupo de las y los más "nuevos", como un efecto dominó la suma de votos hace que todos y todas terminen votando a favor. "Se aprueba" dice Claudia, quien es la encargada de comunicar la decisión; mientras tanto cada feriante comienza a instalar su puesto.

Amaneció hace muy poco, el olor a pasto mojado impregna el ambiente, hace frío y compartir el mate es imposible por el miedo al contagio, es un sábado de sol y Claudia está apoyando un termo en una mesa rebatible, Hugo apoya un paquete de Yerba, Ernesto medialunas, poco a poco se va poblando de feriantes que esperan la hora de apertura de la feria para armar su puesto, llega Lean y pregunta "¿Cuál es mi lugar?".

BUENO LOCO, BASTA, PONÉ EL TEMPORIZADOR

Dolores López

Tres de la mañana, es el último capítulo de la temporada. “Quiero salir con el pibe de Grindr, quiero ir a comer a lo de mi vieja. Recién los miraba y me encantaría que estuvieran acá. No me quiero acostumbrar a toda esta mierda”. Maite se desconcentró, porque ella sí se había acostumbrado. Y ellos también, hace un año están grabando una serie cada une desde su casa, por Zoom, ¿cómo no te acostumbras a esta mierda? En cuarentena, todes son dependientes de las plataformas digitales que te permiten sentirte más cerca de otra persona. No solo para trabajar o tener clases, sino para todo. Para sobrevivir. Ver películas, partidos, festejar cumpleaños y hasta sesiones de estudio. “Otra noche más enroscándome en esto, no puede ser. No no, no”, gritaba Maite en voz alta, aunque nadie estuviera cerca. Son las tres de la mañana, nadie contesta los mensajes y prefiere callar la cabeza, antes que seguir discutiendo con un departamento vacío. Esta es nuestra nueva realidad.

Los primeros días de frío no son un buen escenario para estudiar. Maite hizo todos los pasos de su ritual. Apagó el celular, llenó su botella de agua, puso el temporizador, pero igualmente no pudo pasar de carilla. Intentó meterse en esos servidores llenos de desconocidos muteados para probar si funcionan. No hay que confiar mucho en lo que se recomienda en Twitter porque estas videollamadas no funcionan. Da la sensación de que ninguna de las cuatrocientas personas conectadas está estudiando, parece otro desesperado intento para conocer gente nueva, entre muchísimas comillas. Cada vez se ve más eso, personas que se identifican con sus usuarios de instagram, no con su “verdadero” nombre: @emacostat se ríe mirando a la cámara como si le estuvieran contando el mejor chiste de su vida, o @teresitaramirez, que manda audios con su celular con cara de preocupada y es muy probable que @gamboa esté grabando un Tik tok. ¿Cuál es la diferencia entre estar solo y estar en un zoom, en silencio, sin que te escuchen ni escuchando a nadie? Al final del recorrido por todas las caras, se dio cuenta que para lo único que sirve es para pensar en lo que está haciendo la gente en sus casas, pero no para estudiar.

“Tengo setenta y cinco textos atrasados en Ciencia Política, ¿están para un Zoom?”, pregunta por Whatsapp. El tik de leído se vuelve azul muy rápido. Ve que todas empiezan a escribir. Empieza a preparar el Meet, porque sabe que la respuesta va a ser que sí. Nadie puede estudiar solx un día así. Ni con este, ni con cualquiera hasta que salgamos. “A mí me falta una consigna del parcial de Metodología, estoy”. Cuando Violeta entra a la videollamada no se ve su cara, si no a Perón, su gato, caminando por el teclado. Se ve pixeladxs pero lxs ve. “Sí, tengo que escuchar mil audios de fonética italiana, ya entro”, avisa Joaquina desde Arrecifes. Tiene puesto un polar y una bufanda dentro de su casa, parece que a 200 kilómetros de Capital Federal no son los primeros días de frío, es pleno invierno. Se lucen las meriendas que cada una tiene en su escritorio. Mate, te, galletitas, tostadas. El fondo es el mismo hace ya varios meses. “¿Conocen los servidores de Study Stream?”. Maite ve a sus amigas con caras de desconcierto. Parecía que había dicho una barbaridad, algo completamente nuevo y cero familiares. “Son Zooms de 200 o 500 personas, en donde nadie se conoce, ni siquiera son del m smo país o del mismo lado del mundo y están sin interactuar. La mayoría tiene sus usuarios de Instagram como nombre. Estamos quemados ya. Cualquier cosa que te

distraiga de estar encerrado sirve. Además, ni te concentras. Se los juro, están todos moviéndose, haciendo cosas diferentes. Posta no entiendo que es lo que les sirve a tantas personas".

Hay algo en lo que coinciden la realidad que teníamos y la que tenemos ahora, la necesidad de estar en contacto con otres, esto es eso, pero no lo suficiente. Ya nada es lo suficientemente similar a lo que era antes. "Cállate que sin una videollamada para estudiar dejas la carrera más o menos". Y tiene razón. Hace meses que es muy sabido que no se puede estudiar solx y encerradx. Maite estaba todo el tiempo en la misma situación, paseando los ojos por renglones de los apuntes sin saber qué estaban diciendo, una y otra vez. Y no era la única. Por eso ella y sus amigas se conectan para estudiar, para estar en silencio. Pero no en un silencio absoluto. Sin saberlo, escuchar el tic tic tic del teclado de otra persona o la hoja de un apunte moviéndose o el ruido del mate cuando ya no le queda más agua, ese sonido que no tiene una descripción onomatopéyica, nos devuelve una normalidad que antes pasaba desapercibida.

En uno de los capítulos de "Adentro", Barbie, un personaje, le dice a uno de sus amigos que "estos son los momentos en los que valoramos lo que de verdad tenemos". Se valora sentirse acompañada y apoyada. Cualquier tipo de acercamiento a una realidad más cómoda, más similar a todo lo que estaba antes, lo más lejos que se pueda ir de la pandemia y la cuarentena. Ahora, todxs valoran saber que nadie está tan solx como se siente. El entorno de amistad puede ser una salida importante del encierro. La idea de que uno cuenta con amigos ya te libera la mente. Trasciende cualquier espacio físico o distancia.

"Ya sé que no puedo estudiar sin escucharte a vos golpear el termo contra el escritorio cada tres minutos boluda, pero es mucho más lógico eso que conectarte porque pensás que te van a mirar en un zoom. Dame al más narcisista que tengas, pero tampoco tanto. ¿A alguien le servirá? De verdad pregunto ¿O solo será de las excusas para no estudiar y hacer de cuenta que sí? Soy profesional con esas". Varios minutos se pasaron debatiendo y quejándose de la sesión de estudio que ellas estaban por empezar. "Bueno loco basta, poné el timer". La frase que nadie quería escuchar. Pongo el temporizador en veinticinco minutos y "3, 2, 1, empieza". Solo así, se ponen a leer, a escribir o a escuchar audios. Únicamente en esta situación las cosas pueden hacerse, sino lo único que terminan haciendo es, bueno, prácticamente cualquier otra cosa. Entre silencio y ruido ambiente se puede parecer bastante a una biblioteca. Tratan de no hacer ruido cuando se levantan de la silla o de no pasarse con la fuerza con la que usan el teclado. "Avísenme si les molesta el sonido del teclado y me silencio", dice Violeta, pero a ninguna le molesta porque todas quieren estar en la biblioteca. Todas quieren sentirse acompañadas.

Como si fuera magia, Maite puede pasar la carilla sin sentir que perdió otros 15 minutos con dos párrafos. Es una novedad entender lo que está diciendo el texto. Es casi mecánico lo que extrañan de ir a la facultad. Cambiar de espacio, debatir con gente, llegar tarde, quedarse cerca de la facultad, aunque ya no tengan clase. La pandemia avanzó muchísimo y todo se fue transformando, hasta lo más ordinario. Esa sensación entre tener ganas y no tener ganas de estar en clase o ese momento cuando lees en el colectivo y ves los renglones dobles porque gracias al empedrado no paras de rebotar en el asiento. Ahora lo virtual es el único recurso que todes tienen para hacer todo eso. Por lo menos, es triste pensarlo.

Suena la alarma, pasaron los primeros veinticinco minutos. Las tres exhalan profundo y estiran la espalda, otro reflejo de la cuarentena. Estiran el cuello de un lado al otro, de un lado a otro, se acomodan en la silla por vez número cincuenta en la última hora. Son cinco minutos para contestar mensajes, renovar el mate, ir al baño, estirar un poquito más antes de que empiece el segundo turno. ¿Quién no se acostumbra a esto todavía?, piensa Maite mientras se calienta el agua del mate. Se queda mirando fijo su mate, ese mate viajero que pasó por la mano de todos los compañeros de clase y hasta de lxs docentes. Posado sobre los bancos, en las mesas del campus, incluso extraña verlo metido en una bolsa en la mochila, lo que significaba que no se pudo volver a llenar el termo. El sonido de la pava la saca del trance y los recuerdos se borran. Vuelve a la silla y por vez número cincuenta y uno se acomoda para empezar el último rato en su biblioteca. Veinticinco minutos después, la alarma suena. No hay alivio más grande que la última alarma de la sesión de estudio. Tapan sus resaltadores, cierran sus cuadernos, guardan sus Words y es suficiente por hoy. "¿Cenamos en un rato?", pregunta, "Yo no, estoy con mis viejos, pero miremos una película después de cenar", dice Joaquina y desaparece del mosaico en pantalla.

Así, la biblioteca se convierte en una cocina. Maite baja con su computadora y empieza a cocinar la cena. Cuando mira la computadora ve que Violeta está calentando la pizza que sobró de ayer y se muere de envidia, con un paquete de fideos en la mano. "Unas ganas de ir a Guerrin boluda", dice Maite. "MAL, pero es Güerrin". Antes de todo esto, iban siempre. Era una de las mejores noches de cada mes. Se sentaban en la primera mesa que podían, o a veces ni eso, la barra también la usaron mucho. Una grande de muzzarella y una jarra de rubia tirada. Envueltas de olor a aceite y en las voces de todas las demás personas del lugar, siempre se pasaban la primera media hora discutiendo si era necesario pronunciar o no la diéresis. Guerrin o Güerrin. Habían pasado meses desde la última vez. Meses desde la última vuelta eterna en el 59 rumbo a Vicente Lopez, ahora parece un planazo. Mientras ve las burbujas saliendo por la superficie de la cacerola piensa en la próxima vez y con la cabeza recorre toda la pizzería. Esos neones rojos y verdes, los espejos y los recortes de diarios. Las videollamadas le dieron vida a muchas cosas, pero a veces, la nostalgia que generan es traicionera. Los mozos yendo y viniendo a toda velocidad, esa fila que se tuerce por todo el restaurante hasta la puerta. ¿Cómo te acostumbras a estar alejadx de la pizza que te gusta? La alarma del microondas la devuelve a la realidad, a sus fideos con manteca.

—¿Vos te acostumbraste a todo esto? pregunta Viole.

Maite tenía dudas para contestar. Si. No. Puede ser. Piensa que si porque ya no se siente sola todos los días. Come, estudia, trabaja y se divierte con sus amigas a la distancia. Quedó claro que no es lo mismo, pero, si no fuera por la pizza de Guerrin, ¿cómo podría no acostumbrarse a esta mierda? Con una videollamada, con el sonido de un teclado, con el silencio que se necesita para ver una película, con cualquier cosa que le recuerde que hubo otra realidad, diferente a esta.

INTENSAMENTE

Emilce Paz

Santino está sentado a mi lado, con el ceño fruncido. Faltan cinco minutos para que comience la clase de Escritura y Argumentación, cinco minutos para las 6:00 pm. Hace unas horas se cortó wifi, cable, teléfono y, por WhatsApp, Telecentro informa que todo volverá a la "normalidad" mañana a las 6:00 am. Él, de cinco años, me dice que está cansado de todo lo que hicieron en el jardín y quiere una pantalla para sentarse a ver dibujitos tranquilo, pero ahora no hay ningún dispositivo con internet disponible que lo hipnotice por dos horas. Somos parte del 62% de padres y madres que durante la pandemia admitió que sus hijos e hijas utilizan más la tecnología que antes. Santi se levanta y va a buscar dos de sus rompecabezas para armarlos en el escritorio.

Es un escritorio negro y largo. De un lado es la "base de operaciones" en la que trabajo y estudio, y del otro extremo es la base de mi compañero, nos separa una lámpara que alumbra estratégicamente mi teclado. Desde que comenzó la pandemia o, mejor dicho, el "aspo" y luego la "dispo" el escritorio pasó a tener múltiples usos. Funciona como oficina de trabajo a la vez que aula de la facultad y, cuando es necesario, aula virtual para el zoom de Santi. Intenté ordenar las rutinas o "estructurar el día", como aconsejan algunas asociaciones pediátricas ante la situación de pandemia, pero no logré la victoria. En nuestra casa conviven tres dimensiones: laboral, académica y familiar. Esto genera un ambiente propicio para el estrés, como sostiene UNICEF respecto de las infancias en pandemia, pero al final del día se apagan las computadoras y el hogar reconquista el territorio.

Antes de conectarme, busco unos mitones verdes y ridículos, pero tan necesarios para esta tarde fría, por momentos me dan temblores. No se me ocurre qué otro abrigo ponerme. Le pregunto a Santi si tiene frío, él me dice que no mientras separa las piezas del primer rompecabezas que se dispone a resolver. Luego de conectarme a la clase con el celular, pido al universo que los "datos" de internet me aguanten. Ya en plena clase, Santi me pide ayuda para resolver uno de los rompecabezas. Los dos que trajo son los que más le gustan y tienen imágenes de la película Intensamente, cosa que me distrae del tema de hoy: la crónica. Santi suele ver esa película reiteradamente, cada quince días, quizá más seguido... En los rompecabezas aparecen varios de sus personajes principales: Alegría, Tristeza, Desagrado, Bing Bong, Furia y Temor.

Así, voy siguiendo la clase mientras armamos la cara de Alegría o la ropa de Temor, ante cada coincidencia de piezas él nos felicita y ante cada desacierto se ofusca. Luego de haber encajado todas las piezas del primer rompecabezas las admira por pocos segundos y, rápidamente, se pone a armar el segundo, pero le faltan piezas que no encuentra. Me mira serio. Mientras las busca por el escritorio, sin más preámbulo me pide uno de los auriculares para colocarlo en su oreja. Él quiere saber de lo que hablamos en clase. En un primer momento escucha en silencio y observa cuidadosamente cada uno de los cuadraditos, cada uno de los cuadraditos que tienen una cámara visible. Mira y se sienta en mi silla, lo que implica que nos hagamos chiquititos. Me abraza. La calidez de sus bracitos rodeándome me vuelven a distraer de la clase, pero lo disfruto y seguimos escuchando a la profe.

—¿Te gustan mis clases?
—Sí —dice sin prestarme mucha atención, pero sí a la pantalla.
—¿Por qué?
—Porque así puedo conocer más a tus compañeros.

Más tarde me pregunta si la que habla es otra profesora. Él ya había participado en las clases de otra materia. En aquellas ocasiones saludó, primero, en el teórico –el profesor lo vio y también lo saludó con la mano y le regaló una sonrisa que Santi devolvió efusivamente–; y ya en el práctico intervino desde su micrófono para saludar en voz alta a todos y todas mientras hacía gestos con sus manos y se reía. Tuve que mutearme porque Santi quería ser el protagonista de la clase, el centro de atención. Pero antes de silenciarme pensé, ¿o dije en voz alta?: "Mi hijo me está dando material para mi otra materia". Hoy descubrió que tenía una profesora más: Bárbara.

—Si algún día voy a estudiar a la facu, al edificio, ¿querés venir conmigo? —me imagino a los dos sentados en un aula de verdad.
—¿Es para niños? —retruca.

Llega el momento en que debo desmutearme y comienza un diálogo con la profesora, compañeras y compañeros. Santi interviene, él tiene un auricular puesto, por lo que escucha todo y sabe que lo están escuchando. Esta vez no tengo la cámara abierta, pero yo sí lo veo sonreír mientras habla con mi clase. Vuelve a fruncir el ceño cuando le pido que haga un poco de silencio.

El año pasado, en pleno distanciamiento social, tuvo clases de jardín por zoom, pero él no quiso participar de muchas, salvo de alguna que otra en la que terminé estando frente a la cámara más que él, o a veces sola. Entre juego y juego, él se iba y yo quedaba ahí para hacerle "el aguante" a la maestra porque, en general, eran pocos los que se conectaban y menos los que participaban. Aunque no es para hacer alarde, no hacía mucho más que estar presente frente a la cámara.

Mi clase no fue el único escenario virtual en el que participó ese día. Esa misma mañana, casi al mediodía, al volver del jardín, me descubre en una reunión de trabajo, en el mismo escritorio largo y negro. No entra rápido ni pide hablar, solo observa a distancia. ¿Se habrá dado cuenta de que es una reunión formal en la que no conozco a mis interlocutores y me inquieta que se quiebren tanto los límites? Nada tan alejado de mis pensamientos.

A los minutos Santi se aparece a mi lado y saluda a todos y todas los y las participantes del zoom. Todavía tenía puesta su campera azul y su delantal del jardín con el nombre en color naranja que le bordé cuando entró a la sala de tres, mucho antes de que imaginemos lo que sería atravesar una pandemia. En ese momento ingresaba a la sala naranja, motivo por el que le bordé su nombre con ese color. Nunca me detuve a pensar que en los años siguientes las salas "cambiarían de color". Como sea, su nombre quedó de color naranja. También, llevaba en su manito derecha cuatro tubos de plastilina de color rojo, verde, azul y amarillo, como un pequeño florero desbordado de flores.

En ese mismo momento, además de que Santi se presentó ante la cámara para saludar, se escuchaba de fondo a mis perros ladrar. Fuerte. Chiqui y Charly ladran, especialmente, cuando llegan los vecinos del fondo, no les gustan para nada. En cuanto abren la puerta de calle del PH, ellos salen juntos a toda velocidad a torearlos detrás de la puerta del

patio, el espacio para entrar, o salir, de la casa. Ese mismo patio está frente a la ventana del escritorio, con lo cual sus ladridos opacan cualquier voz, pero para mi suerte se cansan rápido y vuelven a entrar en silencio. La reunión se vuelve, por unos minutos, más informal y hablamos de los cambios que suscitó la pandemia y cómo se mezclaron las esferas privadas y públicas de las personas.

Punto y aparte. Seguimos hablando del tema base de la reunión cuando aparece el hijo de otro de los participantes. Al principio no se veía al niño, pero se percibía que quien estaba hablando, su papá, se estaba distrayendo con algo por fuera de la pantalla. Miraba de reojo hacia su izquierda, rápidamente, su ojo iba y venía. Se lo comenzó a notar nervioso hasta que sonrió y se vio aparecer la silueta de "medio niño" en su pantalla, o en el cuadradito que todos veían en sus dispositivos. Nunca le vimos la cara al niño, pero sí su mano que saludaba, luego, de repente, se fue solito y sin decir adiós. Y, nuevamente, la aparición del personaje inesperado en la reunión hizo que volvamos a la conversación sobre lo complejo de trabajar, estudiar, cocinar, lavar la ropa, ayudar en la realización de tareas escolares, y un gran etcétera, en un mismo espacio.

La clase está por terminar y Nico, mi compañero, llega a casa. Los perros van a saludarlo y Santi va detrás de ellos. No estoy segura si el celular se va a apagar antes de tiempo, la clase se extiende y la batería está por morir. Minutos después siento un aroma a comida que me hace recordar que tengo hambre. Nico está cocinando algo, quizá un guiso, quizá unas pastas, no logro definirlo, pero huele muy rico. Desde que comenzó la pandemia, dividimos las tareas domésticas y los cuidados de Santino, pero él no sabe de acuerdos y acude a cualquiera de nosotros en cualquier momento. Y cuando los dos estamos trabajando al mismo tiempo, no hay planilla Excel que organice la casa, los espacios, ni nuestras vidas.

Al final, el celular me acompañó como un héroe anónimo que no pide reconocimiento. Santi vuelve a mi lado mientras guardo el cuaderno de clases y apago la compu.

—¿La próxima clase qué te gustaría decirles a mis compañeras y compañeros o a mi profe?
—Que quiero formar parte de la clase —suelta su respuesta y sale corriendo.

A los minutos vuelve con los ojos bien abiertos y con una sonrisa, como si estuviera guardando una noticia que no puede esperar contar. En su mano chiquita agita la pieza del rompecabezas que no encontraba: el bigote del padre de Riley. Se acerca al escritorio y ¡Bingo! Ahora sí, todas las piezas están en su lugar.

EMOCION-ARTE

Damián Menges

Sacando sus manos de la campera para comenzar el protocolo, Damián ingresa al colegio. Adela, lo recibe con una sonrisa que puede notarse a pesar del barbijo, extraña energía a esa hora, pero que la caracteriza. En el transcurso de las largas escaleras y el silencio de la escuela con fondo de bocinas que provienen de la 9 de Julio, Damián se acerca a su locker en busca de la máscara, obligatoria para los docentes. Hoy, tampoco hay saludo a la bandera ni oración. Las paredes blancas, con pizarras de corcho vacías como una vitrina sin trofeos. En el nivel secundario, los profesores se apoyan en Nicolás, el director desde hace siete años. Él siempre mantiene la calma, incluso en momentos de crisis, logrando transmitir serenidad al personal de la escuela, a alumnos/as y a sus familias. Preocupado por el bienestar de todos y todas, propone espacios de diálogo y capacitación, media en conflictos entre docentes sobre métodos de enseñanza y procura saber cuánto están aprendiendo sus estudiantes. Las palabras son por ahora el instrumento para acompañar el dolor, el estrés, y la ansiedad que genera esta incertidumbre y que provoca en toda la comunidad una misma pregunta: ¿hasta cuándo?

Durante el último año, Nicolás, ha trabajado mucho para que aquellos sin dispositivos electrónicos, puedan recibir uno de la escuela. Aunque en Constitución, muchas familias no tienen la tecnología suficiente, Inma, cuenta con una ventaja, su orientación en informática.

Ya con el aula llena, Florencia, la psicóloga de la escuela rompe el silencio con una canción. Toda la atención del ambiente se sitúa en la proyección. El taller de EmocionArte ha comenzado. Las primeras voces de alumnos empiezan a escucharse, como si poco a poco fueran despertando.

—Y cuando sonríes, el mundo entero se detiene a mirarte por un momento
—Eres impresionante, así como eres
—Eres impresionante, así como eres
—Tu forma de ser es asombrosa, así como eres

Las frases van haciendo eco, las miradas acompañan a quien comparte, mientras algunos asienten con la cabeza. Damián, atento al ánimo e interés del grupo, se queda de pie, tratando de estar lo más lejos posible de la ventana y cerca de los estudiantes, para escuchar bien, lo que es difícil con distancia física y barbijos.

A continuación, un video vuelve la atención de todos a la pantalla. La claridad del aporte visual se materializa en ruidos de cierres de mochila, ganchos de carpeta, hojas y lapiceras que parecen estar al fondo de la cartuchera. Lentamente, los jóvenes salen del aula y al llegar al patio, uno a uno va buscando su lugar. Algunos, eligen el pasto sintético con algún rayo de sol que comienza a asomarse, otros, el respaldo de la pared, y unos pocos toman sillas que se encuentran al borde de la cancha, una para sentarse y la otra para apoyar sus cosas.

Florencia, mientras se termina de abrigar, se acerca a Damián para conversar unos minutos. Él, se saca la máscara y se acerca aún más, para no romper el clima. Momento central de la mañana, se ponen en juego las vivencias, pensamientos y sentimientos más personales. La individualidad y diversidad se hace explícita en distintas imágenes. Aquellos que rápidamente se sientan en algún lugar del patio y comienzan a escribir respondiendo a las preguntas e inquietudes que se generaron en la actividad motivacional; otros, por necesitar más tiempo; también están quienes no entendieron bien y esperan a que algún profe se acerque para preguntar sin ser expuesto.

Por momentos, el silencio cubre el ambiente, todos están realizando su actividad, mientras Florencia y Damián se preguntan preocupados por la situación de algunos y se alegran por el crecimiento de otros. Especialmente, conversan sobre la situación de Franco. Él siempre sonríe, y no manifiesta ningún problema, por lo menos de forma verbal. En el curso lo quieren mucho, lo toleran, aunque haga muchos chistes en clase e interrumpa a los profesores y a veces a algún compañero.

Los docentes ven a Franco con mucho cariño, conocen su situación y se evidencia con sus acciones dificultades para alcanzar objetivos a la par del resto, para vincularse sin llamar la atención, y su constante escapatoria de todas las actividades, sobre todo de aquellas que proponen relación con la vida personal. Franco intenta reiteradas veces salir del aula en diversas clases y con múltiples excusas. Cuando comienza el momento de reflexión del taller, pide pasar al baño y lo hace durante varios minutos, al retomar la actividad, se recuesta en el suelo, su birome queda a un costado, y su mirada busca algún cómplice, aunque hoy, no lo encuentra.

Algunos miran el reloj, otros, cruzados de brazos miran a los profes, que se van acercando uno por uno avisando el fin de la actividad. Un suave diálogo se escucha a lo lejos. Lo individual, vuelve al grupo, poco a poco. Muchos se miran, como si no hubiesen estado en el mismo sitio, y fuese adecuado un nuevo saludo. Una vez armada la ronda, sentados en el pasto, es momento de compartir lo vivido.

El silencio es el primero que habla, a la vez que parece incomodar a muchos que se miran y sonríen. Bianca toma la iniciativa con una frase, “bueno, yo comparto”, como si se sacrificara por el grupo. Expresa su reflexión durante casi diez minutos y provoca que otros compañeros se animen a contar su experiencia. Sheila, con la cabeza agacha, cuenta que, por momentos, en su casa, se siente no escuchada, y muy presionada por sus padres, dice que la dejan sola cuidando a su hermana menor al mismo tiempo que suspira y deja de compartir. Sus compañeras parecen no sorprenderse. Guadalupe continúa, coincidiendo en algunas cosas con Sheila y trayendo a la ronda tristezas del año anterior que parecen no haber sido expresadas, es tan grande su desahogo que, al finalizar de hablar, su alegría es tanta que ni el barbijo logra tapar su sonrisa. Luego de que la mayoría comparte, quedan algunos que parecieran estar esperando a que el tiempo se termine. Florencia intenta animar a Martina que rápidamente y de forma acelerada dice que no con su cabeza.

Por último, con la sensación de que nadie quiere continuar, Florencia y Damián realizan una devolución, tratando de dar un cierre optimista y esperanzador para los próximos encuentros. Unos segundos después, Nicolás se acerca al patio, tercer año se pone de pie, y mientras se acercan al aula para guardar sus cosas y retirarse, saludan a los profes agradeciendo por el encuentro.

Florencia y Damián, se acercan a la oficina de Nicolás, quien se sienta, y mientras arma café, los invita a sentarse. Damián, frota sus manos, ambos se sientan. Aprovechan el tiempo para evaluar lo sucedido, luego de relatarle el encuentro al director, proponen nuevas formas de avanzar. Los tres están de acuerdo en que el taller debe ser presencial, ya que la virtualidad hace casi imposible contener ciertas situaciones. Florencia, se toma unos minutos más, para hablar de Franco, ya no habla en tono de preocupación solamente, busca y propone alternativas para acompañarlo mejor.

Aunque proyectan, analizan lo ocurrido y proponen nuevas formas de trabajo, la incertidumbre por probables nuevas restricciones, los hace dejar de lado un diseño concreto. Todo esto, con la única certeza de seguir acompañando, en pandemia, la realidad de los adolescentes, en el frío, pero acogedor contexto de la escuela Inmaculada Concepción en época de Covid.

ALTO VICIO

Gisela Morinigo

Son las 17.30 hs, Andrés mira el celular, en el grupo de whatsapp “Alto vicio” empieza a recibir mensajes con el objetivo de coordinar un horario para jugar al videojuego League of Legends, también conocido como LoL.

—¿Quién está? —pregunta por el grupo Lucas, hermano de Andrés, 4 años menor que él.
—Estoy —contesta Andrés. Rutina que se repite diariamente luego de que todos los varones que componen ese grupo terminan de trabajar, en un mundo donde un virus no les permite salir, ni a ellos ni a nadie en todo el planeta.

Lucas creó el grupo a inicios de la cuarentena cuando no sólo comenzó el distanciamiento social, sino que aumentó el consumo de videojuegos un 65%. Este grupo de whatsapp empezó con 4 personas: Andrés, sus 2 hermanos y un amigo de Lucas, que luego de trabajar, y en contexto de aislamiento, no sabían qué hacer. Tanto Lucas como Patricio (el otro hermano de Andrés, 6 años menor que él) reconocen que este virus los “invitó” a cambiar los bares con amigos y deportes por campeones, dragones y partidas virtuales. Al día de hoy, reúne a 8 varones entre 22 y 35 años de los cuales la mayoría no venía jugando a los videojuegos desde hacía varios años, aunque sí habían jugado al Lol cuando eran chicos.

Para Andrés, este grupo y esta actividad es más que matar el tiempo, le permite mantener una conexión con sus dos hermanos que viven a 30 km de su casa en Capital. Es el mismo juego que jugaban hace 22 años, aunque ya no son esos pequeños de 6, 8 y 12 años que tenían que turnarse para jugar de a uno con la única computadora que tenían, sino varones adultos que, según reconoce Andrés, están nostálgicos y quieren retroceder un poco el tiempo. Pero retroceder hasta la niñez, porque los años previos a la pandemia la comunicación de Andrés con sus hermanos era, con buena suerte, cada dos semanas, cuando Andrés iba a Pacheco porque la autopista Panamericana parece solo tenía un sentido: de Capital a Pacheco. Sin embargo, ahora las redes e internet permiten que Lucas esté mucho más enterado de la vida de “Anchu”.

Andrés está preparado para empezar a jugar, con su notebook sobre la mesa del comedor. El teclado tiene las luces prendidas, las cuales se van moviendo, las teclas de las letras Q y W tiene el color azul, cinco segundos después pasan a verde y así van cambiando con todos los colores del arco iris y por todas las teclas. Hoy es un día frío, ahí está envuelto en la manta azul, con los auriculares enormes que le tapan ambas orejas encima de la capucha gris, sentado con las piernas cruzadas como indio sobre la misma silla donde estuvo varias horas trabajando como desarrollador. Pero es un “gamer” que no prefiere el sedentarismo, sino que es un fanático del deporte, ni usa anteojos, sino que ve una liebre cruzando la ruta en medio de una noche sin luna, ni es un ermitaño que no sabe relacionarse con mujeres, sino que a los 23 años conoció a su pareja actual con quien convive hace 10 años.

Se escuchan los ventiladores de la computadora a toda máquina, el juego está abierto y la computadora hace todo su esfuerzo para responder a esa demanda. Andrés sonríe y empiezan los saludos "¿Cómo andas Fonzo?". Fonzo es el apodo de Patricio en el juego. Fonzo, como el juguete que todos quieren en Los Simpsons, que juega con todos. Aunque ese juguete no juega al básquet ni vendió la play porque nunca la usaba, como sí lo hizo Patricio. Ya pueden charlar porque el equipo está creado en la plataforma y eso habilita el micrófono de los participantes. Momento de la charla pre-partida: "¿Cómo estuvo el trabajo?", "¿hoy te toca cocinar a vos?", "¿qué van a cenar?", "decidimos que vamos a comprar una casa" y demás "charlitas para pasar el tiempo" hasta que empiece lo importante: la partida. Esta vez, están por "viciar" 4 integrantes del grupo. Además de Fonzo y Transcendent (Andrés), están conectados Ragazzi (Maxi, primo de un amigo de Pato), Dhakkon (Lucas) y un desconocido para completar los 5 jugadores necesarios. Andrés sólo juega al Lol con conocidos y deshabilita los chats, se cansó de la toxicidad que destilan esos mensajes. Lucas, por su lado, deja habilitado solo el chat de su equipo, pero deshabilita el general (donde están los del equipo contrario), "para no calentarse y evitar a los que cancherean". En cambio, Patricio es "un flamer bien flamer" porque utiliza todos los chats, los iconos, gestos y demás herramientas disponibles para "denigrar lo más posible al otro equipo".

De repente aparece un cartel en frente de la pantalla con la frase "Partida Aceptada", ¡se logró encontrar a 5 más para el equipo contrario! Todos tienen un mismo objetivo, destruir las bases del equipo enemigo. "Nooo, me banearon a Senna", se lamenta Andrés. Empezó la fase inicial del juego donde se seleccionan los "champions", uno para cada jugador de los 140 disponibles. Alguien del equipo contrario evitó que Andrés eligiera a la campeona Senna. Dato no menor cuando los campeones son tan distintos que, en general, cada jugador tiene 3 o 4 personajes que sabe usar y "el resto los podés jugar, pero no entendés demasiado", explica Andrés. Es por eso que él se toma el tiempo de conocer a su campeón: tanto su historia como sus habilidades, "es una inversión". Pero no es así para todos los jugadores, Lucas no conoce las historias de los campeones, pero sí le gusta que el Lol es un juego en grupo, competitivo y que no requiere una gran computadora (aunque se compró una exclusivamente para poder jugar).

Cada campeón se encuentra en ese terreno para combatir porque su nación así lo eligió y, de esa manera, evitar la guerra. ¿Qué será lo que combaten los "viciosos"?, ¿el aislamiento?, ¿el aburrimiento?, ¿el permitirse jugar sin culpa?

Empieza la cuenta regresiva, se tienen que decidir por su "champion" y por su posición en la calle (el lugar donde sucede la batalla). Las posiciones disponibles son "top", "mid", "bot", "support" y jungla. El juego, ahora, está en español y no se puede cambiar –explica frunciendo las cejas Andrés–, pero el vocabulario lo aprendieron cuando la única opción era en inglés. Luego, se ponen de acuerdo: "¿yo voy a top, Ragazzi a mid?", parece que hay una estrategia, cada jugador tiene su "champion" seleccionado y su posición elegida. Andrés antes de elegir "bot", donde juega Lucas, se anticipa reclamando que no lo "putee". Más vale evitar enojos y discusiones que ya ocurrieron en el pasado, porque, según explica Lucas, cuando hay competitividad es difícil no calentarse. Situaciones que algunas veces llevaron a Lucas a desinstalar el juego, cual adicto que no quiere caer en la tentación. Finalmente, la partida comienza.

Todo está oscuro y aparece un mensaje: "Prepárate". Clic, clic, clic, clic, clic, clic, clic, clic, Andrés no le da respiro al mouse y empieza a mover a su "champion". Durante esta partida es Karma, "La Iluminada", según detalla la página de Riots Games, empresa

creadora de Lol. Nombre muy acertado ya que la campeona, una maga, tiene una luz verde sobre su cabeza. A medida que Andrés mueve a Karma, se ilumina el camino. Parece que viene alguien del equipo contrario, Andrés esconde a Karma en el "bush" (pasto), tiene que hacerla avanzar por la calle que eligió para llegar a la base del equipo contrario y destruirla. Sin embargo, la calle es un campo de batalla, hay niebla de guerra, torres enemigas tirando rayos rojos tratando de matar a los "minions" (súbditos o pequeños guerreros) y a los campeones. Todo eso, mientras intentan defender sus propias torres y tratar de no ser asesinados.

—¿Che, van a ayudar? —reclama Ragazzi, ya que la partida no se gana solo, es necesario del equipo para poder alcanzar la victoria. Característica del juego fundamental para Lucas que sólo elige juegos en equipo.

Entre carteles avisando "Asesinato doble", muertes de aliados (jugadores de su propio equipo), monstruos atacando, plantas mágicas de colores y la propia muerte que requiere volver a la base para recuperar vida, aparece el mensaje: "Tu equipo derrotó al Heraldo". Karma y su equipo lograron uno de los objetivos intermedios, lo cual les otorga mejoras únicas y hasta podría ayudarlos a dar vuelta la partida.

La coordinación entre los cuatro jugadores es constante y utilizan su propio idioma, la jerga de gamers.

—Ayudame a pushear —le pide Karma a Kindred, campeón de Ragazzi, que lo ayude a matar a los "minions" del otro equipo para luego poder destruir la torre—, que tengo que backear. —es decir, tiene que volver a la base para gastar los oros que logró matando "minions" y así comprar items que le sirvan en la batalla.
—Anchu no sabe lo que son los Ward —cuestiona Lucas. Los Wards son ítems que se pueden comprar y poner en el terreno para mejorar la visión que uno tiene, ya que funciona como una cámara de vigilancia, pudiendo ver todo lo que pasa cerca del Ward. Esta vez, Andrés acepta riéndose.
—¿Vamos a hacer dragon? —pregunta Andrés pronunciando la palabra dragón en inglés. Es otro de los objetivos intermedios y también lo logran.
—¡Cómo te gusta morir con ese, boludo! —reta Lucas a Patricio.
—Ay dios, ¿para qué lo sigo? —se ríe Patricio. Patricio está en la posición de Jungla, la cual es una de sus favoritas porque, según explica, es el rol más divertido. Es una posición distinta donde se juega otro juego porque se puede mover por todo el campo de batalla tratando de ayudar a todas las líneas.

La partida está peleada, aparecen mensajes como "Dhakkon está en racha de asesinatos", "Torre enemiga destruida", pero Andrés comenta que se siente un extra de la serie porque no está pudiendo colaborar mucho, un "NPC" le contesta Ragazzi (NPC es non-player character, es decir un personaje que es generalmente parte del programa, y no controlado por un humano). De pronto, Lucas dice:

—Apuremos que ya me llegó la comida —parece que la coordinación para ir a cenar con su compañera esta vez falló, y la comida debe esperar ya que al ser un juego online no es posible ponerle pausa. Unos minutos después:
—Es como tener uno menos la Karma —protesta Lucas con tono molesto.

—Eeeh, pero pone escudos, además ya sabíamos que estábamos probando este champion—se defiende Andrés (o la Karma) con disgusto.

—¿Por qué no le tiraste? —le reclama Lucas.
—Le tiré pero se curan rápido —se defiende Karma.

El hambre y el cansancio del día están afectando la partida.

—Dale que me tengo que ir a morfar —vuelve a reclamar Lucas.
—Llegó la milanesa —acota Patricio.

Empieza a haber más silencio y más reclamos.

—No entiendo por qué peleamos ahí con toda la línea pusheada —reclama Andrés, nadie contesta. De repente aparece el mensaje: "Fonzo ha iniciado una votación para rendirse". Andrés contesta que no.
—¿Quién votó que no? —pregunta Lucas molesto.

Silencio nuevamente.

—Bueno me parece que está, ¿no? —pregunta Andrés con una voz decaída. Más silencio. "Torre aliada destruida".
—Bueno, me voy a comer gente, chau, ya se terminó esto —sentencia Lucas.

Finalmente, aparece la palabra "Derrota". Andrés se desconecta, no hubo saludos, está con el ceño fruncido: "Juegan sin tener ganas porque nos estaban pasando por arriba, la excusa es la comida". Hoy no hubo final feliz, pero mañana será otro día y mientras la pandemia no permita iniciar otras actividades recreativas, la rutina se va a repetir. Habrá otra oportunidad para "conectarse a jugar", o simplemente compartir un tiempo juntos.

—Hola —mandará Andrés en el grupo.
—Me baño y estoy —contestará Lucas.

Capaz la próxima vez termine con una victoria y un "bueno cabezón, un gustazo, nos hablamos".

Escuela IDAES
UNSAM